

Silver KANE

QUE NO SE ENFRIE EL CADAVER

B Oscar

HP



HEROES DE LA PRADERA



SILVER KANE
QUE NO SE ENFRIE EL CADAVER

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 539 Publicación semanal
EDITORIAL, BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
940 — Cuidad de vuestros muertos.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.006 — Buen sitio para el funeral.
En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.
ISBN 84-02-02524-2 Depósito legal: B. 4.954 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
2.a edición: abril, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Krn 21,650} Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Los dos jinetes miraron la ciudad protegidos por la sombra del árbol, quizá el único árbol que había en toda la condenada llanura.

El más alto murmuró:

—¿Cómo se llama esto, muchacho?

—No lo sé bien, pero creo que se llama Rinconada.

—Rinconada. Es un viejo y hermoso nombre. Suena a sitio tranquilo.

—Y la ciudad parece próspera...

—Sí. Fíjate: ¡hasta hay dos edificios de tres pisos! Seguro que encontraremos un buen hotel y un *saloon* con chicas. Vamos para allá. Lo que te digo: un lugar pacífico...

La descarga llegó entonces desde unas quinientas yardas de distancia, y la efectuaron tres rifles. Los dos jinetes saltaron de las sillas cada uno en una dirección, mientras sentían las mordeduras del plomo. Para el más alto fue sólo una rozadura. El otro se estremeció brutalmente mientras caía.

—¡Jim...!

—Creo que me han dado, Clive.

—¿Dónde?

—No puedo mover el brazo izquierdo, pero no es en el brazo, es... es...

No hacía falta que hablara más.

Se veía correr la sangre por su omóplato izquierdo.

Clive se dio cuenta a la primera ojeada de que la herida era grave.

Pero ahora no podía ocuparse de su amigo.

Los tres jinetes que habían disparado, protegidos por un desnivel del terreno, acababan de aparecer. Resultaba increíble que hubieran podido ocultarse con caballos y todo en aquella llanura pelada. Pero no tan increíble si se trataba de hombres de Buster. Esos eran capaces de cualquier cosa.

Clive barbotó:

—Vienen a por nosotros.

—Sí. Creen que estamos heridos y piensan rematarnos...

—Pues se van a llevar una buena sorpresa. ¿Puedes disparar,

Jim?

—Creo que… creo que sí.

—Tú encárgate del de la derecha. Yo me encargo de los otros dos.

—Llevan rifles.

—Ya lo sé, pero nuestros revólveres son de un cañón largo. Podemos alcanzarlos con un poco de suerte.

Los tres jinetes se habían distanciado entre sí.

Llegaban bastante abiertos.

No estaban seguros de haber alcanzado bien a los dos hombres y preferían no ofrecer blanco.

Clive, por su absoluta inmovilidad, parecía estar muerto. Jim se movía a causa del dolor. Los tres jinetes lo notaron.

Valiéndose de la superior distancia que podían batir con sus rifles, dispararon de nuevo.

De momento podían actuar con la más absoluta impunidad. Hasta allí no les podían alcanzar con precisión las balas de los revólveres.

Jim no fue alcanzado de lleno, pero en cambio algunas esquirlas de bala le penetraron en el rostro. Tuvo un nuevo estremecimiento de dolor.

Los jinetes aceleraron su galope.

Clive se dio cuenta de que estarían los dos perdidos si les dejaban acercarse más. Tenía que jugárselo todo a cara o cruz y probar fortuna con el revólver.

Apuntó con una sola mano.

Su pulso era tan firme como un engranaje de metal. No tembló ni siquiera al disparar, amartillar, disparar, amartillar… Sus dedos se movían igual que los resortes de una máquina. A cada nuevo disparo hacía girar el revólver unos cuantos grados y volvía a apretar el gatillo.

Seis balas.

Tres hombres.

A pesar de la distancia no falló ni una.

Los jinetes primero se tambalearon, luego se contorsionaron y al fin terminaron cayendo pesadamente al suelo. Clive recargó el revólver velozmente, pero ya no volvió a disparar más. Sabía que los tres estaban muertos.

Luego corrió hacia Jim.

—¿Cómo te sientes?

—Pues... pues no sé...

—¿Puedes montar a caballo?

—Creo que no...

—Entonces no sufras. Te doblaré sobre la silla.

Lo cargó lo mejor que pudo, procurando no moverlo, y lo dobló sobre la silla del caballo del propio Jim. Luego él montó en el suyo. Y avanzó al paso hacia la población que se distinguía en lontananza.

No se volvió a preocupar de los tres hombres que quedaban atrás.

Sabía que estaban muertos.

Sabía también que pertenecían a la banda de Buster.

Y sabía una tercera cosa, la más fastidiosa de todas: que la fiesta no había hecho más que empezar...

* * *

Ya estaba allí.

Se leía perfectamente el nombre del cartel, pese a estar cubierto de polvo: «RINCONADA». No se habían equivocado. No se habían equivocado tampoco al suponer que era un pueblo grande y próspero, casi una verdadera ciudad.

Clive se atrevió entonces a espolear un poco los caballos.

Le había parecido interminable el tiempo empleado en llegar hasta allí. Pero no había tenido más remedio que ir al paso para no provocar sacudidas a Jim, que estaba perdiendo mucha sangre.

La calle principal de Rinconada era ancha, polvorienta y seca.

Pero apareció ante sus ojos como un oasis.

Llevaban dos semanas galopando sin encontrar un sitio como aquél. Dos semanas de infierno.

Con los ojos entrecerrados, Clive distinguió el anuncio del hotel, el anuncio del *saloon* más importante —aunque debía de haber otros —, el anuncio de la escuela, el de la oficina del alguacil...

Un sitio civilizado, vamos.

Por lo tanto, un sitio de los que a él no le gustaban.

Pero no tenía más remedio que entrar. Como no tuvo más remedio que hacer una seña al hombre que en aquel momento cruzaba la calle.

—Eh, amigo…

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Llevo un herido. ¿Sabe en qué sitio podrían atenderlo?

—Claro que sí. De eso se encargará el señor Adams.

—¿Es médico?

—Como si lo fuera. Siga hasta el fondo de la calle y encontrará una casa blanca. El nombre de Adams está en el cartel.

—Gracias.

El transeúnte dirigió una mirada a la «carga» y susurró:

—Oiga, su amigo está mal…

—Ya lo sé.

—Lo digo porque acortará camino si va directo al cementerio.

* * *

Allí estaba también. El cartel con el nombre de Adams.

«Adams, Samuel. Toda clase de enfermedades y pequeña cirugía.

Visitas de 10 a 12 y urgencias a cualquier hora.»

Aquello era una urgencia, sin duda. De modo que atendería a Jim.

Descabalgó e hizo sonar la campanilla de la puerta sin tocar para nada a su amigo, que había perdido el conocimiento.

La casa de Adams era una de las más bonitas de la ciudad. Quizá la más bonita.

Se notaba que ganaba dinero.

¿Pero sólo atendiendo las visitas? ¿Tantos enfermos y heridos había en Rinconada?

Una sirvienta negra le abrió. Clive preguntó por Adams después de señalar a su amigo herido.

—Está grave. Necesita que le atiendan enseguida.

—Un momento. Iré a buscar al señor Adams.

Este apareció enseguida. Era un hombre de unos cuarenta años, de aspecto reservado, correctamente vestido de negro. Ayudó a descargar el herido y lo tendió con el mayor cuidado sobre una mesa.

Lo tendió de bruces, puesto que la herida que tenía que examinar estaba en la espalda.

—Hum…

—Grave, ¿verdad?

—Mucho. Le han alcanzado en la zona precordial. No sé si podré extraer la bala.

—Inténtelo, señor Adams. Le pagaré lo que sea.

—No se trata de dinero. Las balas no se cambian de sitio untándolas con dólares.

—Ya lo comprendo.

—¡Anna!

Anna era la sirvienta negra que les había abierto. Por lo visto también servía como enfermera de Adams.

Acudió enseguida a |a llamada de éste.

—¿Necesita alcohol?

—Mejor whisky y bien fuerte. Vete a mi *saloon* y tráelo. Trae también unos vendajes. Ah... y pon unas tenacillas al fuego.

Adams miró a Clive.

—El whisky es mejor que el alcohol puro —explicó—. Y tiene más aplicaciones. A veces los heridos también necesitan un trago.

—Lo sé. Tengo experiencia en balazos.

—Sí, por supuesto, lo parece...

Clive, la verdad, no tenía aspecto de pistolero. Llevaba una sola funda con un revólver, colocada muy normalmente, y no había en la culata una sola muesca. Sus ropas podían considerarse correctas para un hombre que viajaba por la llanura, aunque, naturalmente, estaban cubiertas de polvo. Pero había algo en sus ojos que indicaba que era profesional del «Colt»: algo helado, maléfico. Algo que hacía pensar: «Este tipo ha visto morir a muchos hombres».

—Ha dicho usted «mi *saloon*» —musitó Clive—. ¿Qué pasa? ¿Es que es usted el dueño?

—Sí. Tengo algunos negocios en la ciudad.

—Ah, bien...

Eso le importaba muy poco a Clive.

La mujer negra llegó enseguida, trayendo una botella y unos vendajes. Indicó que ya había puesto las tenacillas al fuego.

Adams limpió la herida.

Mala señal: Jim ni siquiera se quejó. La expresión de Adams era concentrada y pesimista.

También la de Clive.

—¿Qué le parece la herida?

—Tiene mal aspecto.

Tomó las tenacillas y, con expresión reconcentrada, se dispuso a extraer la bala. Para ello tenía que perforar prácticamente la carne, buscando el proyectil hundido entre las costillas. Era una operación bárbara y que sólo unos hombres hechos de roca podían resistir a lo vivo. Pero Jim ni siquiera se dio cuenta. Sencillamente, cuando Adams introdujo las tenacillas, ya no se movió. Eso sólo podía significar una cosa.

Adams dejó caer con gesto amargo la herramienta.

—Ha muerto —balbució.

No hubo ni un parpadeo en los ojos de Clive.

Parecía aceptar ya de antemano que, en su existencia desesperada, la muerte era lo más natural del mundo.

Hizo girar el cuerpo de su amigo y le cerró suavemente los ojos.

Adams susurró:

—Era casi un chiquillo.

—Sí. Diecinueve años.

—¿Llevaban mucho tiempo juntos?

—Lo recogí hace seis meses en un poblado perdido de Nuevo México. Los hombres de Buster le habían partido las manos a culatazos para que no pudiese disparar nunca más, y luego lo habían atado a un poste para que lo devoraran los buitres. Qué tontería, ¿verdad? Si lo hacían devorar por los buitres, ¿para qué necesitaban romperle las manos? Pero los hombres de Buster todo lo hacen bien y por partida doble. Entonces aparecí yo y maté a tres de ellos. Desde entonces nos han estado persiguiendo.

Adams palideció un momento.

—¿Los hombres de Buster han hecho esto? —susurró—. ¿Quiere decir que están aquí cerca?

—Apenas a unas tres millas de la población.

—Dios santo…

—Pero no se preocupe; los hombres de Buster no asaltan ciudades, sólo diligencias. Bancos… y mujeres indefensas. No creo que se acerquen por aquí, al menos hasta que sepan que yo continúo con vida.

Adams pareció tranquilizarse.

—¿Qué va a hacer con su amigo? —susurró.

—Enterrarlo, claro.

—Yo me ocuparé de eso.

Y señaló a Clive una puerta.

Cuando la atravesaron los dos, Clive vio con asombro que aquello era un establecimiento que daba a otra calle, aunque se tratara de la misma casa. Y un establecimiento muy especial.

Estaba lleno de ataúdes.

Ataúdes de todas las categorías y de todos los colores: negros, grises, blancos…

Clive farfulló:

—¿Esto es suyo?

—Sí. Soy el empresario de pompas fúnebres de la ciudad.

—O sea que hace el «servicio completo». Primero los mata; luego los entierra.

—Pero las dos cosas las hago con mucho cuidado —explicó Adams con una fina sonrisa.

—Al parecer, tiene usted muchos negocios en Rinconada.

—Sólo tres: un *saloon*, una funeraria y mis funciones como practicante en medicina, si a eso se le puede llamar negocio. Pero aun así, no niego que se me puede considerar un hombre rico. La funeraria, especialmente, da buenos beneficios.

Clive paseó la mirada en torno suyo.

A lo largo de su agitada vida había tenido que poner los pies en muchas funerarias, cosa que no le gustaba. Pero ya se sabe que en cuestión de funerarias lo malo no es poner los pies, sino todo el cuerpo.

Se fijó entonces en que uno de los ataúdes era de acero bruñido. Daba la sensación de una auténtica caja de caudales. Adams se dio cuenta de que Clive se fijaba en él.

—Es el ataúd de más lujo que tengo —musitó—. El más caro.

—¿Pero hay quien quiera ser enterrado en esa especie de bloque de acero?

—Mucha gente.

—¿Por qué?

—No sé… ¿Cómo podría explicárselo? Hay gente que incluso después de muerta quiere tener la sensación de seguridad. Si, eso es: sensación de seguridad. Saber que su cadáver está bien seguro y que nadie lo va a profanar. Esos ataúdes ni siquiera tienen cerradura. Una vez bajada y encajada la tapa, su hermetismo es total. Ya no

pueden volver a abrirse.

Hizo un gesto de indiferencia con las dos manos y añadió:

—¿Va a preguntarme qué opino de todo esto? Le diré que cada uno tiene sus manías, y creo que las manías póstumas son las más respetables. En fin, supongo que para su amigo no querrá uno de ésos.

Clive vaciló.

Sé preguntó qué habría querido Jim para su último reposo.

Nunca habían hablado de eso, claro.

Dos hombres jóvenes y fuertes, aunque vivieran en medio de todos los peligros, ¿por qué iban a hablar de una cosa así?

Pero ahora tenía que decidirlo.

Y Clive se dijo que su amigo Jim bien merecía el mejor ataúd que se construyese en Rinconada.

—Sí —dijo—, entiérrele en uno de ésos. ¿Cuánto costará?

—Cien dólares.

A Clive nunca le había importado el dinero. Extrajo dos monedas de oro de a cincuenta cada una.

—Aquí tiene.

—¿Quiere que embalsame el cuerpo?

—¿También usted es embalsamador?

—Naturalmente —respondió Adams con la mayor naturalidad—. Muchos clientes lo piden.

—Y nunca se quejan del servicio, claro.

—Nunca.

Clive se encogió de hombros con pesadumbre.

—Bueno —dijo—, cuide de mi amigo pero sin embalsamarlo. No creo que a él le gustaran tantas complicaciones.

—Si quiere despedirse de él, hágalo ahora. Cuando haya cerrado el ataúd de acero, ya no lo verá. Ninguna fuerza humana podría abrirlo luego.

—Los hombres que vivimos de nuestros gatillos no gastamos demasiadas ceremonias —susurró Clive—. He hecho todo lo posible por Jim, como él lo hubiera hecho por mí. Pero ahora ya no hay nada más que añadir. Cuide de él, señor Adams. Yo lo doy por despedido.

Y se dirigió a la puerta.

Antes de que saliera, Adams susurró:

—Amigo...

—¿Qué?

—¿Va a quedarse en Rinconada?

—Probablemente me quede un día al menos. Necesito descansar. Necesito también cambiarme de ropa, bañarme... Jim y yo llevábamos cabalgando casi toda la semana pasada. ¿Por qué lo pregunta?

—Por los pistoleros de Buster. Volverán si saben que está usted aquí.

—Y la ciudad puede correr peligro, ¿no?

—Es eso lo que quiero decir.

Clive sonrió con un dejo de amargura.

—No me molesta el que me haya dicho esto, señor Adams, Me ha ocurrido ya en otras ciudades, ¿sabe? Suelo ser lo que se dice un huésped poco grato. Allí donde estoy yo llega la violencia, y lo que la gente quiere es tranquilidad.

—Y tiene derecho a quererla, amigo.

—Precisamente porque lo comprendo no estaré aquí más de un día —susurró Clive—. Pero no hay serios motivos de inquietud. Los pobres hombres que nos atacaron están ya muertos. Mientras los restantes pistoleros de Buster los descubren y toman represalias, ya habrán pasado más de cuarenta y ocho horas y yo estaré bien lejos.

Mientras salía, la voz de Adams añadió:

—Tendrá una buena habitación en el hotel que hay a dos esquinas de aquí. No es mío del todo, pero tengo el cincuenta por ciento del capital. Ah, y antes pase por mi *saloon.* Es el que encontrará a la derecha. Por el precio del ataúd que usted ha encargado tiene derecho a una botella de whisky gratis.

—¿Una botella de licor? ¿Para brindar por quién?

Adams le mostró sus dos hileras fuertes y bien formadas de dientes mientras susurraba:

—Para brindar a la salud del muerto, amigo. Sólo a la salud del muerto...

CAPITULO II

Clive se llevó la botella a su hotel, para bebérsela en la bañera. Y se la bebió en cinco minutos, con sólo unos pocos tragos. Después de eso, se sintió mejor. Y después de afeitarse y cambiarse de ropa, tuvo la sensación de ser otra vez de verdad un hombre.

Salió a la calle.

Casi le crispaba los nervios la calma de la ciudad.

No soplaba ni el viento.

«Necesito otro trago —pensó para sí mismo—. Con esta calma chicha me voy a acordar demasiado de Jim y de todos los muertos que he ido dejando atrás. Necesito beber hasta caer de narices.»

Entró en el mismo *saloon* de antes, el que pertenecía a Adams.

Desde allí, desde la barra, veía algunos rótulos comerciales de la ciudad: «Wesley & Adams» en una armería. «Sutton & Adams» en una tienda de ropas. «Worcester & Adams» en el mejor almacén de la ciudad.

Clive pidió una botella, se acodó en la barra y empezó a beber. No se dio cuenta de nada. Estaba tan distraído que no advirtió de una manera especial la presencia de aquel otro bebedor a su derecha.

Ese bebedor era un tipejo cubierto de polvo que no hubiera asustado ni a una mosca. Además no llevaba ni siquiera un «Colt». No parecía ofrecer ningún peligro, pero demostró que sus manos eran más ágiles que las de cualquier pistolero de la frontera.

Todo resultó instantáneo.

Aquel microbio tenía que ser un carterista de primer orden; casi un prestidigitador.

Clive no se dio ni cuenta.

Pero cuando sintió aquella especie de leve roce al costado y llevó la mano hacia allí, ya no tenía el revólver en la funda. Por el contrario, estaba en las manos del tipejo, que le apuntaba con él.

Clive barbotó:

—¿Pero qué pasa...?

El microbio no respondió.

Se limitó a lanzar un silbido que debía ser una señal convenida.

Inmediatamente otros tres hombres entraron en el *saloon*. Y a

ésos sí que los reconoció Clive, porque otra vez se había enfrentado con ellos, aunque sin conseguir matarlos. Eran pistoleros de Buster. Sucios pistoleros de los que Buster empleaba para sus golpes de audacia.

Los tres empuñaban ya sus «Colt».

Y Clive se dio cuenta de que lo habían preparado todo bien.

Estaba indefenso ante tres asesinos profesionales, tres buitres que le clavarían el pico antes de que respirara. No queriendo exponerse a su reacción, lo habían desarmado antes.

Y ahora estaba tan en sus manos que lo único que podía hacer era ponerse a rezar por su alma.

Balbució:

—Os habéis dado prisa.

—Sí. Claro que sí —gruñó uno de ellos—. Nosotros seguíamos a poca distancia a los tres hombres, a los que habéis matado.

—Creí que... Bueno, no pensaba que llegarais tan pronto.

—No, ¿eh? ¿Acaso no sabías que Buster tenía puesto precio a tu cabeza?

—Claro que lo sabía. Me lo ha dicho con el «Colt» y el «Winchester» demasiadas veces.

—Pues ahora te lo va a decir... la última.

Y los tres alzaron los martillos a la vez.

Clive ni siquiera pestañeó. Pero curiosamente se le ocurrió pensar en su propio cuerpo entrando en la funeraria de Adams con los pies por delante. Llevaba otros cien dólares encima. Infiernos. Si aquellos granujas no se los robaban, Adams tendría el dinero justo para obsequiarle con uno de sus ataúdes de acero, los que ya no podían volver a abrirse jamás.

Bueno, ¿y qué?

Poco importa lo que hagan con uno después de haberla palmado con todas las de la ley.

Bisbiseó:

—¿A qué esperáis, pandilla de cobardes?

—A nada, muchacho, a nada...

Y fueron a disparar.

Pero en ese momento entró una mujer en el *saloon.* Una mujer que en cuestión de segundos tuvo la virtud de cambiarlo todo.

Era una auténtica maravilla. Era una de esas mujeres que uno ve

una vez y ya no olvida jamás. De unos dieciocho años, alta, espléndida, rubia... Una de esas mujeres que hacen que un jinete salte por encima de las orejas de su caballo sólo al verla.

La muchacha se dio inmediata cuenta de la situación.

Vio a los tres hombres y a sus tres revólveres apuntando al forastero. Y, aunque no conocía a éste, comprendió que allí iba a tener lugar un sucio asesinato.

Barbotó:

—¿Qué es esto? ¿Vais a matar a un hombre desarmado?

Los tres pistoleros volvieron la cabeza rapidísimamente hacia ella, pero sin dejar de vigilar a Clive con el rabillo del ojo.

—A ti no te importa lo que hagamos, preciosa.

—Y además no sé a qué viene tener lástima de ese tipo.

—Es el pistolero más cruel de Nuevo México. Ha matado a docenas de personas.

—Pues si es un pistolero, dejadle morir como tal. ¡Dadle un arma!

Uno de los hombres de Buster masculló:

—¡Métete la lengua donde te quepa, imbécil!

Y disparó la mano izquierda.

¡Chaaaask!

Había alcanzado de lleno la mandíbula de la muchacha, que no lo esperaba. Su cabeza pareció salir disparada hacia atrás, y cayó pesadamente al suelo tras chocar con una de las mesas. Durante unos brevísimos segundos los ojos de los pistoleros siguieron la parábola que trazó su hermoso cuerpo en el aire. En el misterio de su falda alzada buscaron la maravilla de sus piernas.

El único que no siguió con la mirada aquella caída fue Clive. Este estaba sólo pendiente de los gestos de sus tres enemigos. Y comprendió que si no aprovechaba esas décimas de segundo, ya no volvería a aprovechar nunca nada más.

La botella de whisky que tenía a su lado, en la barra, voló bruscamente. Uno de los pistoleros la recibió en la cara. Y lanzó un grito mientras intentaba girar el revólver.

Disparó, pero al aire.

La bala hizo astillas una de las lámparas.

Clive, mientras tanto, ya había saltado sobre él, situándose prácticamente a su espalda. El canto de su mano abierta cayó sobre

la muñeca de su enemigo como si fuera un hacha.

Ni los huesos de un bisonte hubieran resistido aquel bestial impacto. La muñeca del forajido pareció partirse en dos. Se oyó un alarido de dolor mientras el revólver caía a tierra.

Ahora venía para Clive algo tan difícil como lo que acababa de realizar ya. Tenía que arrojarse al suelo, empuñar aquel revólver y disparar con él antes de que sus dos enemigos le atravesaran a balazos.

Pero el cuerpo del forajido le servía en parte de protección. En efecto, las balas de los otros dos pistoleros le alcanzaron, hiriéndole. Clive, mientras tanto, dispuso de unos segundos para sujetar el revólver y contorsionarse en el suelo.

Disparó dos veces.

Otra bala atravesó las maderas del suelo, pero cuando el plomo llegó, su cuerpo ya no estaba en el mismo sitio. Mientras tanto, Clive había disparado frenéticamente.

Cuatro balas.

Cuatro disparos instantáneos apretando el gatillo con la derecha y amartillando con la izquierda.

De las cuatro balas falló una. Las otras tres llegaron a su destino. Los pistoleros se contorsionaron, alcanzado uno en la cabeza y otro en el centro del corazón. Mientras el de la izquierda se estrellaba contra la barra, el de la derecha volcaba aparatosamente dos mesas. En cuanto al herido, el que había sido alcanzado por sus propios compañeros, brincaba hacia la puerta dejando tras de él un reguero de sangre.

Clive pudo haberle matado.

Pero no disparó contra un hombre herido y que además le daba la espalda.

Giró rápidamente, buscando al tipejo de los dedos ágiles que antes le arrebatara el revólver. Pero el tipejo ya no estaba. Su misión se había cumplido al desarmarle y ya no tenía por qué permanecer allí.

Clive se puso en pie.

Tenía un revólver que no era el suyo, pero que había demostrado ser bueno y que le serviría perfectamente.

El dueño del *saloon* barbotó:

—¡Amigo! No sabe de qué se ha librado. Eran hombres de Buster.

—Lo sabía. Me han perseguido durante mucho tiempo.

—Pues si quiere un consejo, lárguese de aquí. Ahora Buster ya sabe dónde encontrarle, y usted no volverá a tener tanta suerte la próxima vez.

—No pienso hacerme viejo en Rinconada —murmuró él recargando el revólver—, pero tampoco quiero darme demasiada prisa. En realidad he esperado durante mucho tiempo la oportunidad de enfrentarme a Buster.

—No sea ingenuo. Buster no se enfrentará nunca cara a cara con un pistolero como usted. Pero le irá enviando lobos hambrientos hasta que uno de ellos le clave los dientes y le mate. Créame, amigo: el Oeste se ha hecho demasiado pequeño si por él quieren pasearse los dos.

Un viejo que había estado mascando tabaco durante todo el rato,, y que no había dejado de mascar ni siquiera cuando una bala partió en dos uno de sus salivazos, gruñó entonces mirando al tabernero:

—¿Pero es que no le has conocido, Mike? ¿No miras nunca los pasquines que llegan aquí? Ese tipo que tienes delante es Clive Moriarty, que ha matado a docenas de hombres en todo el Sudoeste. Más de un *sheriff* ha puesto precio a su cabeza, aunque dudo de que le puedan acusar de una sola muerte ilegal. Si es por él, no temas. Buster va a tener trabajo antes de meterlo con los pies por delante en la funeraria de Adams.

El tabernero, que tenía un vaso en la mano, lo dejó caer de repente.

—Clive Moriarty… —barbotó—. Clive Moriarty, el asesino…

Y miró de nuevo hacia él.

Pero el hombre que era objeto de aquella edificante conversación ya no estaba en el local. Había salido detrás de la chica.

¿Y quién no?

¡Si se decía que cuando salía ella a la calle hasta los dos maniquíes de la sastrería volvían la cabeza…!

CAPITULO III

—Eh, oiga, usted... ¡Por favor, un momento!

La chica se volvió al oír la voz. Pero lo hizo con un leve gesto de fastidio, como si no le gustara que un desconocido la llamara en plena calle. Aunque ese desconocido fuera un hombre tan especial como Clive Moriarty.

El, al alcanzarla, se quitó el sombrero respetuosamente.

—Perdone.

—¿Qué quiere usted? —musitó ella.

En su voz había cortesía, pero al mismo tiempo una cierta sequedad, como si estuviera muy empeñada en guardar las distancias.

—Quería darle las gracias —susurró Clive.

—Ya me las ha dado.

—No basta con Unas simples palabras, con una vulgar fórmula de cortesía. Le estoy muy agradecido de verdad. De no ser por usted...

—Yo no he hecho gran cosa —murmuró ella—. Sólo he insultado a aquellos asesinos porque lo merecían. Pero a otro hombre cualquiera lo hubiesen matado de todos modos.

Y fue a volver la espalda para irse.

Clive trató de retenerla con un gesto.

—Perdone una vez más.

—¿Qué quiere ahora...?

—No sé ni su nombre.

—Me llamo Yolanda.

—Yo Clive.

—Me temo que eso ya empieza a saberlo todo el mundo.

—Si puedo servirle de algo...

—Puede servirme para no hacerme perder tiempo. Buenos días.

Aquella beldad de auténtico campeonato dio media vuelta definitivamente y se alejó. Clive se puso el sombrero con un gesto pensativo, mientras miraba más pensativo aún el balanceo obsesionante de sus caderas.

Alguien lanzó a su lado una andanada de tabaco de mascar.

Fue tan espesa que pareció oscurecerse el sol.

Y hasta dos caballos que estaban amarrados en las cercanías relincharon mientras se les erizaban las orejas.

El viejo que había visto en el *saloon,* y el cual no había hecho un solo gesto ni cuando las balas por poco le afeitan, estaba a su lado, Y se introducía en la boca otra bola de tabaco de mascar para preparar la próxima andanada.

Su aliento apestaba. En un duelo a quince pasos y cara a cara, a aquel tipo no había quien lo tumbase. El enemigo se mareaba si tenía que aguantar aquello más de diez segundos.

El viejo susurró:

—Bonita, ¿eh?

—Mucho.

—Y valiente —apuntó aquella especie de Matusalén tan amigo de la tabacalera.

—Cierto. No creo que ninguna otra mujer se hubiera atrevido a enfrentarse a tres granujas como aquéllos. Pero no hay nada que hacer. En el sentido de pasarle la mano por el lomo, se entiende.

Clive sonrió.

—Yo no pensaba pasarle la mano por ningún sitio, compadre.

—Pero puede pensarlo luego. Esa mujer ha despertado demasiadas pasiones para que ahora la gente se haga de nuevas. Y se lo advierto: más vale que no pierda el tiempo con ella.

—¿Por qué?

—Va a casarse.

Clive Moriarty volvió a sonreír por puro compromiso, aunque sin el menor gesto de alegría.

—Suerte tendrá el que lo consiga —murmuró—. Por pura curiosidad, ¿quién es?

El vejete se dispuso a lanzar la bola, con lo cual consiguió que un vaquero que pasaba por el otro lado de la calle se tapara la cabeza, por si iba por él. Luego dijo:

—¿El que consiga a esa chica? ¡Pero sí todo el mundo lo sabe, amigo! ¡Va a ser Adams, el dueño de la funeraria...!

CAPITULO IV

Yolanda pasó por el porche izquierdo de la calle principal, saludando a la gente a su paso. Al parecer todo el mundo la conocía y todo el mundo la apreciaba. Pero al llegar a cierta altura del porche, cambió de dirección para ir por el lado derecho de la calle. Al parecer, tenía un interés muy marcado en no pasar justo por delante de cierto edificio. Y en verdad lo tenía. Pero lo curioso es que muchos no hubieran entendido aquella manía.

Porque el edificio junto al cual ella no quería pasar era una sólida construcción de ladrillo y madera sobre la que campeaba un rótulo en el que se leía:

SLOAN

MARSHAL'S OFFICE

Cosa extraña, cuando Sloan representaba allí a la ley.

Justamente en ese momento estaba apoyado en la jamba de la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Era un individuo alto, fuerte, casi gigantesco. Uno de esos individuos que pueden matar a una res de un solo puñetazo. Llevaba la estrella aburridamente sobre un chaleco de piel de gamo, que le venía estrecho. Y la culata de su revólver, como la de un pistolero vulgar, estaba llena de muescas.

Con ojos vidriosos miró a la chica que atravesaba la calle y se desviaba de su camino para no pasar junto a la puerta.

Volvió la cabeza hacia atrás, hacia el interior de la oficina, y masculló:

—¿Qué te parece? No quiere pasar junto a nosotros, ¿eh, Joe? ¿Tu qué dices a eso?

Le contestó un sordo gruñido.

—Porque la chica esta cañón. La chica lo merece todo. ¿Eh, Joe? ¿Tú qué dices a eso?

Otro gruñido ininteligible.

De pronto una sombra se proyectó en el umbral, saliendo del interior de la oficina.

Era la sombra de un individuo gordo, que usaba levita y pantalón y hasta una-especie de sombrero de copa,

—Oye, Sloan —barbotó—. No me gusta que hables con Joe.

—¿Y por qué no? El siempre contesta.

—A cualquier cosa le llamas tú contestar.

—No seas idiota, Bussy. Déjate de Joe y fíjate bien en ella. Fíjate en sus caderas. ¡Qué balanceo, qué forma suave y poderosa a la vez de marcarse las curvas! ¡Qué cara! Y en lo mejor de su edad: dieciocho añitos. Hemos perdido el tiempo, Bussy. Me temo que ahora todo sea inevitable.

—Inevitable no, Sloan. Tú eres la ley.

—La ley… ¿Y qué significa eso en una tierra perdida como Rinconada?

—Pues… significa la fuerza.

Sloan entrecerró los ojos.

Una chispita negra brillaba en su fondo.

—¿Sabes, Bussy? Pienso presentarme a las elecciones para *sheriff* del condado el año que viene.

—Hum… Para eso hace falta tener más fama de la que tú tienes.

—La tendré. He de llegar arriba, ¿sabes? Muy arriba. Con tu dinero y con mi nombre haremos muchas cosas.

Bussy rió.

—El dinero ya lo tengo. Soy el único banquero de la ciudad. Pero, ¿y tu nombre? ¿Dónde lo has metido que no lo veo, muchacho? ¿O tal vez lo llevas de incógnito?

—No me hace gracia tu modo de hablar, Bussy.

—A mí tampoco me hace gracia que pongas en el mismo platillo mi dinero y tu fama.

—La tendré, la tendré muy pronto.

—¿Sí? ¿Y cómo vas a conseguirla?

Sloan entrecerró los ojos mirando a la lejanía.

—Por allí está Buster —susurró—. Buster se encuentra como máximo a quince millas de la ciudad y querrá entrar en Rinconada. Muy bien, que entre. Hasta ahora no me he metido con sus pistoleros porque hay que ahorrar energías, pero con él sí que me meteré. Yo seré el hombre que mate a Buster, te lo juro. Y entonces vendrán a ofrecerme el cargo de *sheriff* en bandeja de plata, pidiéndome a gritos que deje de ser un simple alguacil. Y ese cargo será solamente el principio de mi carrera.

Bussy barbotó:

—No sueñes despierto, muchacho. De momento ahí tienes a Clive

Moriarty. Va por el otro lado de la calle. Que me arranquen la piel a tiras si ése no se carga también a Buster después de untar con alquitrán a toda su banda. Y tú deberías cargártelo a él, ya que al fin y al cabo es un reclamado. ¿Por qué no lo haces?

Sloan entrecerró los ojos.

—Porque ahora me interesa más esa diosa.de carne. ¡Fíjate qué espalda! ¡Qué movimientos! ¡Mírala bien! ¡Lástima que se vaya...!

Y sus ojos parecieron chocar violentamente contra la esquina tras la que había desaparecido la muchacha.

—Sí —barbotó Bussy—. Lástima que se vaya. No sé de qué sirve aquí ser la ley y tener la fuerza.

Sloan no contestó.

Sus ojos estaban entrecerrados como los de un animal al acecho.

En aquel momento volvió a oírse a su espalda un sonido gutural, un gruñido inidentificable.

Sloan pareció escupir las palabras mientras volvía la cabeza.

—¡No gruñas, Joe! —barbotó—. ¡No gruñas más o te rompo la crisma!

CAPITULO V

Mientras atravesaba la calle de nuevo, Clive miró pensativamente las casas de aquel lado de la población.

Ahora se daba cuenta de que eran ricas, más ricas de lo que había pensado al principio. Un buen sitio, después de todo, aquel de Rinconada. Los huesos de Jim no descansarían en un lugar cualquiera.

Pero Rinconada era tierra caliente. Era un sitio lleno de pasiones secretas y ocultas, lleno de recelos, de misterios tal vez. Era un sitio donde las curvas de una mujer quizá significaban más que en otro, porque los pensamientos y los deseos de los hombres, quemados por el sol, abrasaban.

Por ejemplo, las curvas de Yolanda.

La muchacha que iba a casarse nada menos que con el dueño de la mejor funeraria de la comarca.

Lo mejor que podía hacer era olvidarse de aquella chica.

Pero sus pasos le habían llevado otra vez frente al establecimiento de Adams, y ahora no podía volver atrás. Adams estaba en la puerta y le miraba, le hacía señas para que se acercase.

Clive fue hacia allí.

—Ya he arreglado a su amigo —dijo Adams, recalcando la palabra arreglado—. Pienso llevarlo al cementerio dentro de unos minutos. Si usted quiere acompañarlo…

—Por supuesto que sí. Pensaba hacerlo.

—Pues cuanto antes mejor.

—No pensaba que hiciese las cosas con tanta rapidez, señor Adams.

—¿Y por qué no? Tenía el ataúd listo y a su amigo no había que embalsamarlo ni maquillarlo. Sólo arreglar un poco sus ropas, meterlo en la caja de acero y en paz. Además no puedo perder demasiado tiempo en un solo cadáver. Tengo mucho trabajo.

—Ya me hago cargo.

—He elegido un buen sitio para su amigo de usted. Los cien dólares cubren también una excelente sepultura en propiedad en el cementerio. Lo que se dice un entierro de primera.

—Prefiero no hablar de ello, señor Adams. Mi amigo ya está

muerto. Pagaría con gusto cien entierros como éste con tal de devolverle a la vida.

Adams le dio una palmada en la espalda.

—No me parece usted demasiado animado, Clive. ¿Por qué no entra y echa un trago?

—Quizá me convenga. Iba a beber una copa cuando me han interrumpido unos individuos que seguramente pronto le traerán aquí en plan de «clientes». No creo que tarden.

Pasaron a un despacho donde había una estantería con unos libros de contabilidad y unas botellas. Adams destapó una y preparó dos vasos.

—A su salud —murmuró Clive.

Adams rectificó.

—A la salud del muerto.

Bebieron los dos en silencio, en medio de una extraña tensión que parecía electrizar el aire. ¿Qué diablos pasaba en aquella ciudad? Clive no lo sabía, pero lo notaba. Era algo inexplicable que hacía vibrar sus nervios.

Fue en aquel momento cuando oyeron los pasos. Unos pasos lentos, pesados, de varios hombres que se acercaban a la funeraria.

—¿Qué pasa?

—Son varios los que se acercan...

—Pues no sé qué querrán. La gente nunca viene aquí en grupo.

—Ya lo imagino —musitó—. Le he anunciado antes la visita. Supongo que le traen a los «clientes» del saloon

Las pisadas ya sonaban en el mismo establecimiento. Adams sacó la cabeza por la puerta y luego murmuró:

—Ah, son ustedes. Esperen un momento.

Retrocedió de nuevo hacia el despacho.

—Tenía usted razón —dijo mirando a Clive—. Son los empleados del *saloon* que me traen unos muertos. ¿Puede esperarme aquí mientras los atiendo? Son sólo cinco minutos.

—No faltaba más.

Salió dejando solo a Clive, que terminó el vaso de whisky. Pero el licor le sabía amargo, ya no tenía ganas de beber. Con las manos a la espalda, revisó maquinalmente aquello, sin ningún interés. Lo que había allí eran vulgares libros de contabilidad. Puso un delgado cigarro en sus labios y lo encendió.

No sabía por qué estaba allí, esperando, mientras oía a Adams discutir con los que le habían traído los muertos. Por lo visto no se ponían de acuerdo sobre las condiciones del entierro.

Clive pensó que aquellos minutos debería dedicarlos a acompañar a su amigo Jim antes del último viaje. No tenía por qué estar perdiendo el tiempo allí. De modo que abrió una de las puertas del otro lado, que suponía daba al pequeño depósito de cadáveres.

Pero se equivocaba. Aquello era un pequeño almacén de ataúdes donde había otro par de aquellos solidísimos cofres de acero. Clive pasó de largo y abrió otra de las puertas, Pero tampoco allí encontró el depósito de cadáveres que buscaba. En cambio, era un lugar sorprendente que no había visto jamás.

Clive miró todo aquello con un gesto de extrañeza. Pensó que se estaba metiendo en la intimidad de Adams, y que a él no le importaba nada de todo aquello. Por lo tanto fue a salir. Pero algo que no sabía explicarse le fascinaba allí, le mantenía con los pies clavados en el suelo.

No lo entendía.

Pero en aquel momento no hubiera salido de allí ni aun empujándole con un par de caballos.

¿Qué significaba todo aquello?

¿Por qué guardaba Adams tan extraños recuerdos, entre ellos lo que parecía un remoto ramo de novia?

Clive nunca supo por qué lo hizo.

Pero abrió las puertas de aquel armario de un modo maquinal, viendo lo que había en su interior.

Y fue entonces cuando quedó sin respiración.

Cuando le pareció que su corazón dejaba de latir.

Cuando de pronto un grito sordo, un lento grito de horror brotó de su garganta.

CAPITULO VI

La puerta se había abierto a su espalda con un seco chasquido. Pero Clive no llegó a oírlo. Estaba como sumergido en una especie de baño de horror. No se daba cuenta de nada, ni de su propia existencia.

Porque lo que tenía ante sus ojos era... era...

¡El cadáver de Yolanda, con la que había hablado minutos atrás! ¡Era el cadáver de Yolanda, cubierto con un vestido de novia!

* * *

El chasquido a su espalda se reprodujo.

Pero ahora fue el de unos pies al avanzar hacia él. Y el de la puerta al cerrarse de nuevo.

Clive sintió como una respiración caliente a su espalda.

Alguien estaba tras él.

Se volvió sin que su voluntad interviniera en ello. Estaba como fascinado, como hipnotizado. No se daba cuenta de lo que hacía.

El era un hombre hecho para pelear con el cuchillo o con el «Colt». El era un hombre de acción. Pero aquel misterio, aquel horror, le deshacía los nervios y le inmovilizaba.

Al volverse lo vio bien.

Era Adams.

Sus labios apenas se despegaron cuando balbució:

—No lo entiende, ¿verdad?

—Usted la ha... la ha asesinado...

—No he sido yo.

Clive se llevó las manos a la cara, sin comprender.

Lo único que deseaba era evadirse de aquel mundo de horror. Se cubrió los ojos mientras barbotaba:

—¡Dios santo! No puede ser... ¡No puede ser! ¡No hace ni media hora que yo he hablado con ella! No ha tenido tiempo para... para...

—Claro que no he tenido tiempo —dijo la voz metálica de Adams.

—Pues entonces no lo entiendo. ¡Le juro que no entiendo nada!

—No lo entiende porque no ha mirado bien, Clive Moriarty.

—¿Qué es lo que no he mirado bien?

—Se ha dejado llevar por la primera impresión, como le hubiera ocurrido a cualquier otro. Claro, es lógico. ¡Después de haber hablado hace unos minutos con Yolanda, encontrarla ahí, amortajada con un vestido de novia…! Pero no es Yolanda, fíjese bien.

—Pues… ¿pues quién es?

—Era su madre.

Se volvió poco a poco.

Y entonces se fijó bien. Entonces, sin el efecto de la primera y brutal impresión, miró con ojos distintos lo que tenía delante. Y se fijó en detalles que en el primer momento le habían pasado inadvertidos, pero que eran reveladores. Por ejemplo, la piel ya apergaminada, de un color amarillo que no era ni mucho menos el de un cadáver «fresco». Los labios ya muy secos, sin el menor frescor, sin el menor rastro de lo que en ellos había sido la vida. Las manos enguantadas de blanco, quizá porque las manos se habían resistido al arte asombroso del embalsamador y presentaban lo que había podido evitarse en el resto del cuerpo: las huellas de la destrucción.

Clive cerró el armario.

Reconocía que era asombroso, admirable.

Sólo un artista podía haber conseguido aquello, aquel milagro de conservación.

¡Y cómo se parecía Yolanda a su madre! ¡De qué modo casi increíble! ¡Hasta parecer la misma mujer!

—Murió hace quince años.

—Entonces Yolanda debía ser muy… muy pequeña.

—Cuatro años justos.

El cigarrillo que antes sostuvo Clive en los labios había resbalado hasta el suelo. El joven lo recogió pensativamente y lo volvió a encender. Sólo entonces pensó que todo lo que le rodeaba tenía, al fin y al cabo, una base lógica.

Susurró mirando a Adams:

—¿Iba usted a casarse con ella?

—Sí.

—¿Qué era la madre de Yolanda? ¿Viuda?

—No. Soltera.

—¿Trata de decir que tal vez no era una mujer honrada, en el

sentido que se da a esa palabra aquí?

—Al contrario, era la mujer más honrada del mundo.

—¿Pues entonces...?

Ahora el que necesitó ponerse un cigarro entre los labios fue Adams. Sus dedos temblaban ostensiblemente. Parecía tan presa del nerviosismo, que Clive mismo hubo de darle fuego.

—Diga, ¿qué pasó con ella?

—La violaron.

Clive se estremeció.

—Y tuvo esa hija... —dijo con un soplo de voz.

—Sí. Tan asombrosamente parecida a ella que todo el mundo supo desde el principio que llegarían a ser como dos gotas de agua. El tiempo ha dado la razón a los que pensaban así. Yolanda, al hacerse mayor, ha sido exactamente igual a como fue su madre.

A Clive le abrasaba el humo en la garganta porque se había olvidado de respirar.

Balbució:

—¿Quién fue el padre? Es decir, ¿quién...?

—Nunca se supo.

—Ella —y señaló hacia el armario donde estaba la muerta—, ¿no lo dijo?

—No, no lo dijo nunca.

—¿Por qué?

—El hombre que lo hizo la había amenazado de muerte. Si llegaba a decirlo la exterminaría.

—Por tanto hubo de ser alguien de la ciudad...

—Sí, claro que sí.

—¿Y al final la... la...?

—Sí. La mató. Cuando yo dije a María que quería casarme con ella y María accedió, el hombre que había hecho aquello pensó que el peligro empezaba para él. Porque su víctima acabaría hablando. Puede haber secretos entre dos novios, pero es muy difícil que los haya, al menos de esa clase, entre marido y mujer. Y debió pensar que yo vengaría a mi esposa.

Rió seca y amargamente, mirándose a sí mismo.

—No, no podía hacerlo con mis propias manos —dijo—. Reconozco que nunca he sido un pistolero, y seguramente aquel tipo lo era. Pero si nunca he sido un pistolero, tampoco he sido nunca un

pobre. Podía pagar a hombres que hiciesen el trabajo por mí. Podía contratar al mismísimo Billy *el Niño* en las épocas en que éste se alquilaba para matar. Y aquel buitre adivinó el peligro; en cuanto María hablase, él sería hombre muerto. Por eso, antes de que nos casáramos la... la asesinó.

—Nunca llegué a saber quién había sido —murmuró lentamente, al cabo de unos instantes de silencio—, y no me quedó más remedio que hacer lo que en aquel instante me dictaba mi corazón: conservar a María como fuese. Entonces aún no tenía la funeraria, pero estaba considerado como el mejor embalsamador de Nuevo México. Y en ese trabajo me superé; conseguí lo que jamás he vuelto a conseguir luego. Era como tenerla viva otra vez, tenerla viva para siempre. Lo único que me falló un poco fueron las manos, pero lo demás... No sé si se ha fijado en sus cabellos. Fueron arreglados uno a uno. Y uno a uno los traté con un líquido especial para que siempre conservaran su brillo. Desde entonces la he tenido aquí porque era mi único consuelo. Claro que entonces no pensaba... no pensaba...

Clive adivinó su turbación.

—¿Quién cuidó a Yolanda? —dijo.

—Yo, pero no aquí. La envié a un colegio de Santa Fe hasta que tuvo la educación que ha de tener una señorita y supo manejarse sola.

—Entonces no pensaba que un día llegarían a estar prometidos, ¿verdad?

—No, no lo pensaba.

Adams, como si le ahogaran aquellos recuerdos, dio media vuelta. Señaló confusamente los cuadros que colgaban de las paredes de la habitación.

—Ese caballo *poney* —dijo— era el regalo que yo tenía preparado para Yolanda con motivo de la boda de su madre. Al cabo de los años murió y sólo queda el recuerdo. Y esa casa era el lugar donde íbamos a vivir los dos. Hermosa, ¿verdad? La mejor casa de la comarca. Sé que nunca entraré en ella, porque el tiempo y el abandono la han ido destruyendo. Pero María aún conserva la llave. Ella aún la tiene. ¿Se ha fijado en sus manos?

A Clive le envolvía una oscura sensación de pesadilla.

Pero todo aquello era obsesionante.

Balbució:

—Sí. Me ha parecido que entre sus dedos enguantados de blanco había una llave.

—Es la de aquella casa —dijo lentamente Adams—, Ya no sirve de nada, absolutamente de nada, pero yo no tengo fuerza para arrancársela. Así se quedará hasta el fin del tiempo. Bueno, ¿qué más puedo decirle? ¿Qué más puede decir un hombre en un caso así?

Clive se pasó una mano por la frente.

Trataba de luchar contra aquella oscura, persistente sensación de pesadilla.

Al fin, haciendo un esfuerzo, musitó:

—En un caso así hay docenas de cosas que decir, Adams.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ¿cuántas personas saben en Rinconada que usted guarda este cadáver?

—Puede que bastantes. Naturalmente no se habla de ello, pero los antiguos del lugar saben que María no fue enterrada. O al menos lo sospechan.

—¿Y… lo sabe Yolanda?

Adams se encogió imperceptiblemente de hombros, con un gesto de preocupación.

—No debe de saberlo. No le he dicho una palabra, y no creo que alguien lo haya hecho por mí.

—¿Y si se casan?

—Me plantea usted una pregunta que no me ha dejado dormir durante estas últimas noches, Clive.

—No sabe qué hacer, ¿verdad?

—No, no sé qué hacer.

—Deberá deshacerse del cadáver.

—¿Deshacerme de él?

Adams había vuelto la cabeza bruscamente y había gritado casi, como si acabara de oír una blasfemia.

Clive musitó:

—Quiero decir enterrarlo, que es el destino normal y cristiano de todos los cadáveres. Lo que usted ha hecho tiene una explicación sentimental, pero al mismo tiempo es una monstruosidad. Y si llegara a casarse con Yolanda, sus actos rozarían ya la salvajada. Llegarían a ser inhumanos y macabros.

—Tal vez.

—Meta el cuerpo de María en uno de sus famosos ataúdes de acero y sepúltelo en el mejor lugar del cementerio de Rinconada. Sabe que allí nadie va a tocarlo.

—Es posible que lo haga —susurró Adams.

—No, no es posible. Quítese de la cabeza las dudas. La verdad es que no tiene otro remedio.

Adams paseaba nerviosamente con las manos a la espalda.

Parecía poseído por un estado febril.

—Seguramente lo haré —musitó—. Sí... Seguramente.

—También hará otra cosa, Adams.

—¿Cuál?

—No casarse con Yolanda.

Adams se estremeció brutalmente.

Miró a Clive como si no creyera lo que acababa de oír.

—¿Pero qué dice, loco? —barbotó.

—No debe casarse con ella.

—¿Por qué?

—Sería otra monstruosidad. También muy explicable por motivos sentimentales, pero al fin y al cabo, otra monstruosidad.

—No veo la razón de lo que dice.

—¡Pero, infiernos! ¡Reflexione, Adams! ¡Reflexione, maldita sea! ¿No se da cuenta de que se casaría con una muerta?

—¡No sabe lo que dice! ¡Eso es una sandez!

—Usted no ama a Yolanda por sí misma. ¡Usted la ama porque es la repetición de su madre!

—¿Y eso qué importa? ¡Lo mío es amor al fin y al cabo! ¡Las razones no importan! ¡Pero ningún hombre en su sano juicio se atrevería a negar que eso es amor!

—No el amor que tiene derecho a conseguir una muchacha de diecinueve años.

Adams le miró con desprecio.

—¿Y usted qué sabe? Ahora le conozco perfectamente, amigo. No lo supe cuando llegó aquí, pero ahora sé quién es. Usted es Clive Moriarty, el pistolero profesional. Usted lo mismo se ha alquilado para pacificar una ciudad que para proteger un cargamento de oro. Lo mismo ha vendido su revólver a un *sheriff* cobarde que a un organizador de un concurso de tiro, siempre que los premios al

ganador valieran la pena. Ha conducido manadas, ha protegido diligencias, ha matado hombres… ¡Ha hecho de todo! ¡De todo absolutamente menos amar a una mujer!

Clive se encogió levemente de hombros.

En sus labios flotaba una sonrisa lejana y amarga.

—No —dijo—; en esto tiene razón. Nunca he sabido amar a una mujer, y me temo que moriré sin amarla.

—¡Pues déjeme en paz! ¡No se meta en un asunto que no le importa!

Adams estaba más nervioso cada vez. Clive volvió a encogerse de hombros imperceptiblemente.

—De acuerdo, amigo —dijo—. No me importa. Allá usted con sus muertos y allá la pobre Yolanda con sus esperanzas. Lo único que necesito es que me diga dónde está el cadáver de mi amigo Jim. Creo que debemos acompañarlo al cementerio.

—Está allí. Pase.

Adams acababa de señalar hacia una puertecilla en la que Clive no había reparado antes.

Pasaron y vieron a Jim. Es decir, no llegaron a verlo, porque ya estaba dentro del ataúd de acero. Resultaba estremecedor ver aquel inmenso bloque que ya no podría ser abierto nunca más, aquel bloque hermético donde Jim descansaría por los siglos de los siglos.

—Ayúdeme a cargarlo —dijo Adams—. Vamos al cementerio.

Entre los dos lo sacaron al exterior por una puerta lateral. El ataúd pesaba lo suyo. Un par de ayudantes les auxiliaron luego, tras preparar el carruaje en el que habían de hacer el viaje al cementerio.

—Hala —susurró Adams—. Vamos de una vez.

Ese fue el último viaje de Jim. El último viaje del único pistolero que había acompañado a Clive en sus correrías, desde que Clive empuñó un revólver.

CAPITULO VII

—¿Qué? ¿Va a largarse ya? —preguntó el vejete, mientras preparaba una de sus pestilentes bolas de tabaco—. Creo que tendrá un buen día si lo hace. Hoy el sol no aprieta demasiado, y además el aire está quieto.

—No, el aire no está quieto del todo —dijo.

—¿En qué lo nota? —preguntó Clive.

—Mi salivazo se ha desviado ligeramente en dirección Sur-Sudeste.

—Sí, abuelo —murmuró—; voy a largarme. Creo que no hago maldita la falta y ya he descansado una noche entera, voy a seguir el viaje.

—¿Hacia dónde se dirige?

Clive hizo un gesto inexpresivo.

—Bah... Yo siempre voy por ahí, por cualquier sitio.

—Tenga cuidado esta vez, muchacho.

—¿Por qué lo dice?

—Le estoy hablando de los pistoleros de Buster.

—Piensa que me estarán esperando, ¿no?

—Yo juraría que sí.

Y el viejo señaló los montes que había hacia el Norte y que azuleaban en la distancia.

—Usted vino por allí, ¿no?

—Ujú.

—Pues allí me temo que le esperen. Y tenga cuidado, amigo. Los últimos zarpazos de las fieras suelen ser los peores.

—Los últimos zarpazos... ¿Por qué dice eso?

—Me refiero a Buster. Hace ya un año que se dice por ahí que va a retirarse. Tiene bastante dinero. Un hombre como él ha ganado lo suficiente para vivir como un pacha el resto de sus días.

—No lo crea, abuelo. Esos tipos nunca están seguros. Se lo digo yo, que conozco bien el paño.

—¿Y por qué no van a estar seguros?

—Por su dinero.

—¿Qué tiene su dinero que no tenga el de los demás? ¿Es que es de distinto color?

—No. Lo que pasa es que no saben dónde esconderlo. Ninguno de los forajidos que ha habido en el Oeste, y eso que han abundado

como las moscas, ha sabido resolver ese punto capital. Muchos lo colocaban en Bancos bajo nombre supuesto, pero acababan pescándolos. Hay federales especialistas en esa clase de cacerías; hombres que siguen la pista de una cuenta corriente mejor que la pista de un caballo. Tenga la seguridad de que con Buster ocurrirá lo mismo.

Dio una palmada en la espalda del viejo, con lo cual éste casi se traga la bola —lo que hay que suponer que le hubiera causado por lo menos la muerte inmediata—, y montó a caballo.

—Adiós, abuelo.

—Adiós, chico. Buena suerte.

Clive se alejó al paso. Miró nostálgicamente las casas de Rinconada, donde dejaba tan extraños recuerdos. Miró los almacenes, las tiendas de casi todas las cuales era Adams el dueño del cincuenta por ciento.

¿Qué sucedería con él? ¿Se casaría con la muchacha? ¿Llegaría a enterrar a la muerta?

Bueno, sería mejor olvidar eso.

Vio a Yolanda que salía de un almacén. Se quitó el sombrero y la saludó cortésmente.

—Adiós, señorita.

Ella le devolvió el saludo, pero sin detenerse. Bonita y honrada mujer aquella, que no hablaba con desconocidos, aunque esos desconocidos fueran tan especiales como Clive Moriarty. Bonita mujer que ahora atravesaba la calle como si no quisiera pasar por delante de la oficina del alguacil.

Sloan estaba en la puerta, como siempre, con las manos en los bolsillos.

Dirigió a Clive una mirada donde la curiosidad y la envidia se mezclaban al desprecio.

Pero no hizo nada para detenerle.

Ni tenía motivos ni le convenía jugarse la piel ante un revólver como el de aquel maldito pistolero.

Sloan apenas volvió la cabeza hacia el interior.

—Joe… —barbotó—. Joe, maldito seas, ¿vas a callarte de una vez?

El sonido ya no se repitió. Mientras tanto, Clive ya había pasado por delante de la oficina y se alejaba lentamente.

—Buster acabará contigo, condenado cerdo… —barbotó—. Y no es que a Buster le tenga demasiada simpatía, no. Pero al menos sé que ése me dejará tranquilo…

* * *

En efecto, el vejete tenía razón. El día no era demasiado caluroso y el viento estaba en calma.

En la quietud del desierto pedregoso, los sonidos se transmitían con una sorprendente nitidez.

Clive oía el golpear de los cascos de su caballo como si fueran golpes de tambor. El paisaje estaba completamente desierto ante él; ni siquiera se veían pájaros. Y fuera del galopar del caballo, todo lo demás era silencio, un silencio que ¡legara a crispar los nervios.

Pero gracias a la nitidez con que se transmitían los sonidos captó Clive Moriarty aquello. Gracias a esa circunstancia salvó la vida.

¡Chase!

Un rifle acababa de ser montado a cierta distancia.

Pero era como si lo hubiese oído allí mismo.

¡Chase!

¡Otro rifle!

Clive no esperó a oír el tercero o los que fueran. No esperó tampoco a que empezaran las descargas.

Se lanzó fulminantemente de la silla por el lado derecho, tras hacer un quiebro para dar la sensación de que iba a lanzarse por el izquierdo.

Dos balas llegaron en aquella dirección.

Las dos fueron tan certeras que una de ellas llegó a rozarle. Si Clive llega a estarse un instante más sobre la silla, le atraviesan por el centro del cuerpo.

Dio dos vueltas sobre sí mismo por el terreno pedregoso.

Mientras tanto sacaba el revólver.

Los dos rifles crepitaron de nuevo. Y sus dueños debían ser tiradores de primera, porque casi perforaron a Clive, a pesar de las dificultades que éste ofrecía. Tan cerca estuvieron de liquidarlo que Clive renunció a su idea de hacerse fuerte entre unas piedras que había a su derecha. Lo que necesitaba era esfumarse cuanto antes. Por eso se dejó caer rodando por una ladera llena de pedruscos y de escorpiones, varios de los cuales saltaron irritados.

Al llegar abajo, Clive dio una ágil vuelta de campana y quedó encarado hacia la parte superior, con el revólver en los dedos. Aquel movimiento, de una maestría consumada, fue también lo que le salvó la vida.

Ninguno de sus dos enemigos había esperado que pudiera responder al fuego con tanta rapidez.

Estaban en lo alto de la ladera, dispuestos a acribillarle desde arriba. Pero, cuando se echaron los rifles a la cara, Clive ya estaba en disposición de responder al fuego.

Su revólver crepitó dos veces.

La puntería de Clive siempre había sido implacable y mortífera. No en vano se había ganado la vida a veces haciendo concursos de tiro, con disparos a todas las distancias.

Los dos hombres giraron un poco y se miraron con asombro.

Cada uno de ellos podía ver en el otro lo que no podía ver en sí mismo: el orificio rojo entre las cejas. Pero eso duró sólo un instante, unas décimas de segundo apenas.

Inmediatamente soltaron los rifles y cayeron de bruces, haciendo los dos el mismo movimiento.

Clive no se molestó en verlos caer, a pesar de que ellos también rodaron ladera abajo.

Sabía que el peligro no había terminado. Por eso repuso febrilmente en el tambor las dos balas que faltaban.

Tuvo suerte al obrar así. Si llega a vacilar sólo unos instantes, no lo cuenta. Los cuatro jinetes que aparecieron de pronto por el borde de una colina le hubiesen acribillado.

Iban armados de revólveres y se aproximaban velozmente a él.

También éstos conocían bien su oficio. Para no ofrecer blanco, se pegaron a los costados de sus caballos, por el lado opuesto al de Clive, mientras disparaban hábilmente por debajo de la panza de los animales.

Clive saltó igual que un nadador que se lanza al agua.

Sólo que esta vez se lanzaba a una especie de piscina de polvo.

Las balas fueron tras él, silueteándolo. Dos de ellas se hundieron en el sitio donde había estado su cuerpo hasta un segundo antes. Otra le perforó una de las mangas de la camisa.

Un segundo después, Clive había desaparecido de la vista de sus atacantes. Y, a causa de la inercia, daba vueltas por el polvo de

aquella especie de hondonada en la que se había metido.

Comprendió que estaba acorralado.

Ahora los jinetes rodearían aquella hondonada y le acribillarían desde arriba.

Por eso corrió como pudo, con el polvo hasta las rodillas, mientras apuntaba alternativamente a derecha y a izquierda.

Los jinetes aparecieron como había supuesto.

Dos por un lado, dos por otro.

Clive rebrincó de nuevo en el aire, mientras disparaba hacia la derecha. Uno de los jinetes, que se había descubierto del todo, cayó hacia atrás con los brazos en cruz. Los otros dispararon rabiosamente.

Una bala rozó la cadera de Clive.

Este sintió un vivísimo dolor, mientras se contorsionaba. Fue esa contorsión lo que le salvó la vida, porque otra bala pasó tan cerca de su cabeza que se la hubiese perforado caso de no moverla tan intempestivamente.

Los tres jinetes galoparon ahora en círculo para poder tirotearle desde más cerca.

Clive estaba ahora medio protegido tras una piedra que apenas cubría su cabeza. Su posición era desesperada. Y la desesperación le movió a atacar en lugar de estarse quieto.

Disparó otras dos veces.

Un segundo jinete, que había tomado posición demasiado al borde de la hondonada, sufrió una especie de sacudida mientras brincaba sobre la silla. Unos segundos después había resbalado poco a poco, quedando colgado del estribo.

Los otros dos comprendieron que Clive era un enemigo demasiado peligroso y que no tenían ninguna seguridad de vencer. O tal vez el pánico les dominó, cosa que era poco probable. El caso fue que giraron grupas y desaparecieron velozmente.

Mientras volvía a recargar el revólver con gestos maquinales, Clive pensó en la actitud de sus enemigos. Quizá habían tenido un momento de miedo al ver caer a dos de sus compañeros, pero eso no era demasiado probable. Más bien daba la sensación de que habían obrado con arreglo a un plan de emergencia.

Iban a buscar refuerzos.

Clive salió de la hondonada lo más rápidamente que pudo,

puesto que aquella era una posición pésima. Y miró hacia la lejanía, hacia los jinetes que se esfumaban.

Sus ojos de halcón descubrieron algo más. Descubrieron seis puntitos negros en lo alto de una colina.

Seis jinetes. Seis nuevos enemigos.

Unas gotitas de sudor aparecieron en el rostro de Clive, y no fue precisamente por el calor que empezaba a sentir, al disiparse las nubes y elevarse en el firmamento un sol de fuego.

Fue porque se dio cuenta de que estaba acorralado sin remedio. Los hombres de Buster habían tomado bien sus medidas. No le dejarían salir de Rinconada porque toda la zona estaba vigilada y batida.

¡Por todos los infiernos!

Estaba metido en la madriguera. ¿Pero qué cuerno iba a hacer ahora? De nada le servía quejarse. Su única posibilidad, de momento, estaba en volver a Rinconada, donde los hombres de Buster también le buscarían. Pero allí la cosa no les iba a ser tan fácil como en el desierto pelado, donde podían acosarse desde todas partes.

De modo que llamó a su caballo con un silbido.

El corcel acudió.

Clive montó de un salto sobre la silla y volvió grupas en dirección a Rinconada. Al mirar hacia atrás, vio que los seis puntitos negros se hacían más visibles en unión de los otros dos, avanzaban hacia allí.

Clive galopó hacia la ciudad.

Pensó:

«¿Y ahora qué cuerno puedo hacer?»

Realmente sólo una cosa.

Con los cien dólares que más o menos le quedaban, encargar para él un ataúd de acero. Si los compraba por parejas, era muy posible que aquel tunante de Adams le hiciera una rebaja…

CAPITULO VIII

Le saludó una especie de cañonazo.

Y el sol se oscureció.

Clive se dio cuenta de que había estado a punto de ser alcanzado por uno de los mortíferos salivazos del viejo.

En efecto, éste estaba apoyado en la baranda de un porche.

Le sonreía.

—Se le saluda, amigo —dijo.

—Pues saluda usted de una manera bastante bestia.

—No sé de qué cuerno se queja. Este tabaco es mejor que el de ayer. He cambiado de marca.

Ayudó a sujetar el caballo de Clive, que estaba muy nervioso, y lo amarró él mismo mientras su dueño descendía.

Luego miró al joven.

—¿Por qué ha vuelto, pistolero?

—Las cosas estaban mal por ahí afuera.

—La banda de Buster, ¿eh?

—Sí, la banda de Buster.

—Se lo advertí. Buster es de los que no perdonan; usted debería saberlo bien.

—Y lo sabía bien, amigo. Pero había llegado a olvidarlo por unos minutos.

—Peor para usted.

—Me habían organizado un bonito comité de recepción —dijo pensativamente Clive—. Un feo asunto, créame. No sé ni siquiera cómo estoy vivo todavía.

—Ni yo. Tiene atravesada una manga de la camisa y tiene además una rozadura en la cadera izquierda.

—No es nada.

—Pero necesitará que Adams le cure. O yo mismo, qué diablos. ¿Quiere que le aplique un poco de tabaco mascado a la herida?

Clive sufrió un ataque de hipo.

—Ni... ¡ni soñarlo!

—Pues le juro que es bueno.

—¿Lo ha probado alguna vez?

—Una vez. Pero el tío murió'.

—¡Qué casualidad! Justamente eso es lo que estaba pensando.

—No desconfíe. Murió de una bala. Mientras yo le curaba, le dispararon desde una ventana. El Pobrecito no dijo ni pío.

Y como el viejo preparaba ya una bola entre sus dientes, Clive temió lo peor. Si se la aplicaba en la herida de la cadera, él tampoco diría ni pío. Vamos, que ni siquiera diría «pí».

—Mas vale que lo deje, amigo —susurró—. No necesito ni siquiera que me atienda Adams. Heridas peores que ésta me las he curado yo mismo. Quizá me baste con un rato de descanso en el hotel.

El viejo bizqueó.

—¿Cree que los de Buster vendrán a matarle hasta aqui?

—No sé; todo es posible.

—Pues descanse tranquilo, que si vienen, yo estaré vigilando la puerta. Y le juro que no se acercará nadie.

—¿No? ¿Con qué piensa evitarlo?

—Pues... ¡con esto!

Y lanzó otra de sus fulminantes andanadas.

La nube de tabaco mascado volvió a tapar la luz del sol. Los cristales de la ventana que estaba más cerca saltaron pulverizados.

No era difícil imaginar lo que hubiera pasado si aquel salivazo llega a dar en la cabeza de un hombre.

Y para que la cosa no le ocurriera a él, Clive Moriarty se apresuró a ir al hotel enseguida.

Allí había una camarera que fregaba el suelo.

Una camarera bastante apetitosa aún.

Y quizá la parte más apetitosa de su cuerpo sano y joven eran las piernas.

Al dueño, que estaba detrás, no hacía más que caérsele la pluma a cada momento. Se inclinaba, estaba un par de minutos fingiendo que la buscaba y con los ojos brillantes, se ponía en pie otra vez. Inmediatamente, volvía a dejar caer la pluma.

Cuando estaba metido de lleno en este juego su campo visual fue cortado bruscamente por las botas y las espuelas de Clive

El hotelero alzó la cabeza.

—Oh... Oh... Oh... Amigo... Us... usted otra vez aquí. Es que se me cae la pluma, ¿sabe?

—Ya lo veo. Es la pluma voladora.

—Algo así. Tendré que cambiarla.

—No se preocupe. Ya se la cambiará su mujer.

El hotelero pegó un brinquito.

—¿Qué pasa, señor Moriarty? ¿No se había largado? ¿Tanto le gusta nuestra ciudad que ha vuelto?

—Me han hecho volver, que no es lo mismo.

—¿Buster?

—Sí.

—Pues si le matan, haga el favor de cambiarse de hotel. Yo no quiero líos, ¿sabe? ¡No quiero líos!

Clive no contestó.

Vio colgada de la habitación la llave de la habitación que había ocupado antes y la descolgó. Sin decir una palabra fue al piso superior y abrió la puerta.

Se sentía allí como en su propia casa. Aquella habitación tan conocida ya era para él como un refugio entrañable. Tendiendo los brazos con alivio, exclamó:

—Hogar, dulce hogar…

Pero lo que ya no resultó tan dulce fue aquella cosa dura que se clavó en sus riñones. Aquella cosa dura y alargada como el cañón de un «Colt»…

CAPITULO IX

La voz dijo a su espalda:

—Quieto, no muevas los brazos. Mantenlos así como están. Arriba...

Clive tragó saliva bruscamente porque aquélla era la voz que menos podía esperar en el mundo. Una voz de mujer.

Mantuvo las manos quietas.

Unos dedos ágiles y finos pasaron entonces por su cintura, llegando desde atras. Aquellos dedos desabrocharon rápidamente la hebilla, mientras el «Colt» seguía clavado en sus riñones.

Clive Moriarty no podía moverse, pero aun en caso de poder no lo hubiera hecho, porque le dominaba la curiosidad por saber quién era aquella mujer. Se mantuvo impávido mientras el cinto canana caía al suelo con un chasquido metálico.

La voz dijo:

—Ahora avanza un paso.

—¿Quién eres? —susurró Clive.

—Eso no te importa.

—¿Cómo sabías que iba a tener esta habitación? ¿Te has puesto de acuerdo con el dueño del hotel?

—Oh, no... Me encontraba aquí por casualidad. Estaba revisando todas las habitaciones del hotel por si te veía.

—¿Y para qué querías verme?

Un golpe brutal en los riñones, propinado con el cañón del «Colt», le hizo tambalearse.

La voz dijo con sorna:

—Para esto, amigo...

Clive chocó contra la pared frontera. Sin volverse, con las manos aún alzadas, pero con voz despreciativa, mascculló:

—¿Esto? ¿Y qué cuerno es «esto»?

—Hay gente que ha puesto precio a tu cabeza.

—Sí, por ejemplo, Buster.

—No me refiero a él.

—¿Pues entonces a quién?

—Al *sheriff* de Abilene. El paga tres mil dólares por ti, vivo o muerto.

Clive entrecerró los ojos. El *sheriff* de Abilene. ¡Claro que sí! Uno de los muchos *sheriffs* que en Abilene ha habido. Pero a éste, Clive le había matado en desafio a uno de sus ayudantes, que era un traidor. El *sheriff* no lo entendió, y su respuesta fue ofrecer mil dólares por la cabeza de Clive. Desde entonces la recompensa, al parecer, había ido subiendo.

—¿Tres mil? —musitó.

—Tres mil.

—¿Y tú quieres cobrarlos?

—Para eso he venido hasta Rinconada.

—¿Qué eres? ¿Una cazadora de recompensas?

—Ese es mi oficio.

—Pues me temo que lo has equivocado, muñeca. Lo que va a pasar es que te cazarán a ti.

—Te equivocas. Mi hermano me enseñó este oficio. Mi hermano era Tom Mikland.

Clive parpadeó.

Tom Mikland. ¡Por cien mil legiones de buitres! Mikland había sido uno de los más crueles e implacables cazadores de cabezas de todo el Oeste, hasta que un día lo acribillaron en una emboscada. Pero si su hermanita había aprendido sólo la mitad de lo que Mikland llegó a saber, él estaba listo.

—¿Qué vas a hacer? —musitó—. ¿Entregarme...?

—Te equivocas. Voy a descerrajarte una bala.

Los labios de Clive Moriarty temblaron un momento.

Sabía que la chica hablaba en serio. Y no iba a detenerse ahora, si había llegado hasta Rinconada pensando en los tres mil dólares.

Susurró:

—Muy bien. Entonces, ¿a qué esperas, preciosa? Dispara...

Y con los brazos en alto, tal como los tenía, movió la única cosa que podía mover.

Había un perchero colgando de la pared, muy al alcance de su mano. Lo descolgó con un movimiento fulminante, con un movimiento tan rápido que fue imposible de seguir con la vista. E instantáneamente lo proyectó hacia atrás, hacia donde acababa de oír la voz de la mujer, mientras él se ladeaba para evitar la bala.

Pero la bala no llegó a brotar.

La mujer había sido cazada totalmente por sorpresa.

Esperaba cualquier cosa menos aquella reacción del hombre al que ya creía tener seguro.

Recibió el mueble en la cabeza con tal fuerza que se derrumbó. El revólver resbaló de entre sus dedos. Lanzó un sordo gruñido mientras trataba de recuperarlo.

Pero Clive no le dejó.

Se había vuelto con la rapidez del rayo.

Dio un manotazo a la mujer, enviándola a un lado, hacia la cama. Ella lanzó un sordo gemido al encontrarse entre los brazos de Clive. Y Clive lanzó también un sordo gemido —pero de clase muy distinta— al encontrarse entre sus brazos aquella maravilla.

Aún estaba impresionado por la belleza de Yolanda.

Pero ésta, ¿no era mejor aún? ¿No era más perfecta, de curvas más poderosas, mejor formadas, más excitantes? ¿No era la mujer más diabólicamente atractiva que había visto jamás? ¿O quizá estaba soñando?

Ella se revolvió como una fierecilla.

Tenía fuerza, la muy maldita.

Estuvo a punto de arquear el cuerpo con un movimiento de atleta y enviar a Clive despedido por encima de su cabeza.

Pero Clive había luchado cien veces más que ella y lo impidió. Después del brusco gesto, la muchacha aún quedó más prisionera en los brazos del hombre. Este la sujetó por los cabellos y le echó bruscamente la cabeza hacia atrás.

Tuvo como una sacudida.

Aquellos ojos…

Aquella tez de seda.

Y sobre todo… ¡aquellos labios!

Clive no supo en aquel momento por qué lo hacía. Quizá no llegaría a saberlo jamás. Pero se encontró besándola intensamente, fuertemente, casi salvajemente.

Ella no se movió.

El desprecio palpitaba en sus labios.

Aceptaba aquella forzada caricia como hubiera tenido que aceptar la bofetada de un pirata.

Clive la soltó.

Estaba asombrado ante la belleza y la pasividad de la mujer. ¡Si ella al menos se hubiera resistido! ¡Si fa hubiera insultado! Pero con

su quietud avergonzaba a Clive por lo que había estado haciendo. Se separó lentamente de ella.

—Lo siento —dijo—. No suelo besar a todas las mujeres que encuentro.

Y se inclinó para devolverle el revólver.

Ella le miraba asombrada.

Como si aún no creyera que volvía a tener entre las manos el «Colt».

Clive no la miraba siquiera. Sabía que ella podía disparar, pero no intentó evitarlo. Simplemente, recogió su cinto canana y se lo ciñó sin prisas. Mientras tanto ella le estaba apuntando. Su mano derecha temblaba. Los labios que acababan de ser besados temblaban también.

—Puedes quedarte con la habitación si tanto te gusta —murmuró Clive—. Yo ya me buscaré otra.

Y salió, cerrando la puerta.

La muchacha quedó mirando la hoja de madera como si estuviese hipnotizada. El revólver pesaba en su derecha igual que una losa de plomo. Y poco a poco lo dejó caer mientras de sus labios escapaba un gemido ronco.

CAPITULO X

Yolanda acababa de salir de la tienda más distinguida de la población. Era la única tienda donde se recibían velos de novia traídos expresamente de Nueva York después de un largo y a veces peligroso viaje. La única tienda donde podían prepararle aquel importante detalle con vistas a su próxima boda.

La dependienta le despidió en la puerta.

—...Y no te preocupes, Yolanda, porque lo tendrás a tiempo. ¿Exactamente cuándo te casas?

—Hemos hablado del mes próximo.

—Queda margen efe sobra. Me escribieron diciendo que los últimos modelos ya habían salido de Nueva York.

—Entonces no lo olvides, por favor. Avísame apenas lleguen.

—Descuida. ¿Cómo voy a olvidarlo?

La dependienta cerró la puerta tras una última sonrisa.

Yolanda dobló la esquina, caminando con aquella elegancia que en ella era normal, y que en algunos momentos le daba la gracia de una bailarina. Salió de la zona concurrida de la población porque quería ver a la hija del herrero Bronston, que estaba enferma y que vivía algo alejada del centro.

Anduvo por una calle lateral donde sólo había unas cuantas casuchas.

La sensación de soledad hubiera resultado inquietante para otra cualquiera.

Pero ella estaba acostumbrada a pasar por allí.

Ni siquiera se fijó en aquel rostro blanco que emergía del fondo negro de unos almacenes.

Aquel rostro tan blanco que parecía el de un fantasma.

La voz dijo a su espalda, apenas ella había acabado de pasar: —Quieta, Yolanda.

Ella quedó como paralizada un momento.

Conocía aquella voz. ¿No era la del alguacil Sloan? ¿No era la del hombre que decía representar la ley en la ciudad?

—He dicho que quieta, Yolanda. No intentes hacer nada; no intentes mover un solo pie sin mi permiso.

—¿Pero qué quieres?

—Yo soy la ley.

—Puede que usted sea la ley, Sloan, pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—Puedo detener a cualquiera. Puedo detener a cualquiera para interrogarlo, ¿no? Aunque luego lo tenga que dejar en libertad.

—¿Y... qué quiere de mí?

—He observado que nunca pasas por delante de mi oficina. Hasta cruzas al otro lado de la calle cuando estás cerca, para no tener que saludarme.

—Son cosas mías, Sloan. Una ciudadana libre de esta ciudad libre puede hacer en esos asuntos lo que le venga en gana.

—No lo niego... —la voz de Sloan era burlona—. Pero dime al menos por qué lo haces, muñeca.

—Porque es usted un cerdo.

Aún estaba detrás de Yolanda, y tendió la mano para sujetarla brutalmente por el hombro izquierdo. La obligó a volverse.

Ella sufrió una sacudida.

Y miró a Sloan desafiante, sin miedo, escrutándole con sus ojos limpios.

—Sí —dijo—, es usted un cerdo. El cerdo más grande que se ha revolcado por los estercoleros de Nuevo México. Sé lo que piensa cada vez que me ve. Sé lo que le dice a Bussy, ese buitre que siempre le acompaña. Sé lo que harían conmigo si pudieran.

«Si pudieran...»

Las dos palabras parecieron quedar flotando ante sus ojos como si hubieran tomado cuerpo.

Notó que la hoja del cuchillo acariciaba su nuca.

Sintió como un escalofrío.

Y la voz de Sloan fue babeante al decir:

—Vamos, entra...

La empujaba con la punta del cuchillo. La propia hoja de acero la dirigía hacia la portalada oscura del almacén. La muchacha sintió que unas gotitas de sudor nacían en sus sienes.

Tuvo la sensación de algo peor que la muerte.

Oía a su espalda la respiración caliente, casi fétida de Sloan.

Pero no era eso lo peor. En la penumbra del almacén distinguió el rostro mofletudo y vicioso de Bussy. Aquel rostro de ojos llameantes que parecían atravesar sus ropas.

El banquero balbució:

—¡Qué buena idea has tenido, Sloan!

—Sabía que pasaría por aquí.

—Y ahora es nuestra. ¡Nuestra del todo! Vamos, acércate, muñeca. Acércate a los que te quieren bien.

Yolanda sentía un fuerte temblor en las rodillas.

Y un asco muy espeso en la garganta.

—Déjenme ir... —balbució—. Son unas ratas putrefactas. Ustedes son... son...

—Nosotros, muñeca, somos la ley.

—¿Pero qué dices de ratas putrefactas? ¿No te das cuenta de que nos estás insultando? ¿No te das cuenta de que un alguacil puede meterte en la cárcel sólo por eso?

Ella se dio cuenta de que estaba perdida.

Intentó dar un salto hacia la puerta y salir.

Pero Bussy, más ágil de lo que su obesidad daba a entender, le había puesto la zancadilla.

La chica cayó cuan larga era.

Le parecía inconcebible que pudiera estar así, en la propia población en la que había nacido, una población que conocía tan bien, acorralada por aquellos dos asesinos, envuelta en sus miradas viciosas, taladrantes, sin que nadie la ayudara.

Bussy se puso a reír.

Su risa era áspera, ronca.

Una verdadera risa de hiena.

—¿Pero qué infiernos te pasa, imbécil?

—Es que tiene gracia, amigo. De verdad que tiene gracia.

—¿El qué?

—Esa divinidad es exactamente igual que su madre.

—Por eso me gusta, ¿no? Como nos gustaba ella...

Yolanda sufrió una brutal sacudida.

La sangre se le agolpó en la garganta, impidiéndole gritar.

Y era como si su propia sangre la ahogara.

¡Dios santo! ¿Sería posible?

Ella no era tonta, y a pesar de que nadie le hablaba de aquel asunto, y mucho menos Adams, su prometido, la verdad era que por detalles sueltos tenía ya una idea bastante clara acerca de su origen. Adams mismo se hubiera asombrado ante lo que la muchacha sabía.

Porque Yolanda lo sabía todo, excepto la presencia de aquel frío horror: la existencia del cadáver aún insepulto de su madre.

—Como nos gustaba ella... —repitió Bussy.

Yolanda, en el suelo como estaba, necesitó llevarse las manos a la garganta como si se ahogase. La sangre agolpada allí le impedía respirar. La monstruosidad que oía la obligaba a no creerla.

Si los dos buitres habían hecho aquello con su madre, entonces es que uno de ellos era...

¡Era su propio padre!

¡Y tenía que saberlo!

¿Cómo entonces se atrevía a... a mirarla así?

Pero las palabras de Sloan, que paseaba lentamente ante la puerta, cortándole la salida, la sacaron de su error.

—Adams cree que a María la asesinó el que la había ultrajado —dijo—. Que la asesinó para que ella no pudiera decir su nombre.

—Sí, eso es lo lógico —murmuró Bussy—. El ilustre Adams siempre ha creído eso.

—Pero no fue así.

—Es curioso cómo a veces la gente interpreta las cosas. Siguiendo caminos lógicos, pero llegando a conclusiones equivocadas.

—Los que matamos a María fuimos nosotros —susurró Sloan—. Te acuerdas, ¿verdad, Bussy? Te debes acordar de aquel momento maldito en que ella se defendió como una fiera. Del momento condenado en que quisimos hacerla nuestra y no pudimos... Del momento en que con rabia, al sentir sus dientes clavados en nuestras manos, empuñamos los cuchillos y la acariciamos con ellos. Acariciamos con las hojas de acero su hermosa piel... Cortándola, segándola... Destrozamos su hermosa piel con los cuchillos... ¡Así! ¡Así! ¡Así...!

Sus ojos brillaban como los de un loco. Se había exaltado. Con la mano derecha trazaba tajos imaginarios en el aire, como si aún estuviera rematando a su pobre víctima.

Yolanda, desde el suelo, miraba todo aquello como fascinada, como enloquecida. Y se daba cuenta con sorpresa de que, cuando uno traspasa según qué fronteras del horror, ya no siente nada. Pasa como con las quemaduras demasiado atroces: los científicos dicen que no se sienten. Oía todo aquello como si se refiriese a una

persona infinitamente lejana. Después de su espantoso *shock* inicial, ya no podía ni pensar que estaban hablando de su propia madre.

Y de su propio padre.

Porque, en efecto... ¿quién había ultrajado a María? ¿Quién le había dado a ella el ser?

Bussy, que la miraba, pareció adivinar sus febriles pensamientos.

—Lo curioso —murmuró— es que eso nunca se supo.

—La zorra de María guardó el secreto muy bien.

—No quería comprometer a nadie.

—Aunque hay que suponer que fue un hombre de fuera de la ciudad, en contra de lo que Adams siempre ha creído.

—Sí, pero, ¿quién?

—Tuvo que ser una auténtica bestia, para conseguir lo que, entre nosotros dos, no conseguimos.

—Es difícil imaginar su nombre —balbució Sloan.

—Bueno, ¿pero qué importa?

—La que importa es ella...

—Yolanda, que está aquí...

—Ella...

Y las manos febriles, ansiosas, llenas de una extraña viscosidad, se dirigieron hacia el cuerpo de la muchacha.

Ella supo lo que iba a suceder, y supo que nadie podría ayudarla. Quiso gritar, quiso defenderse, quiso saltar como una tigresa herida, pero le faltaron las fuerzas. Ella estaba dominada por el horror. Ella tenía menos valor que el que tuvo su madre.

Entre los dos buitres la arrastraron hacia un montón de paja.

Sloan puso las manos sobre sus ropas para arrancarlas a puñados.

Y fue en aquel momento cuando ambos vieron proyectarse una sombra en el umbral del almacén.

La sombra de un hombre.

CAPITULO XI

¿Por qué en este momento espantoso Yolanda pensó en un solo hombre? ¿Por qué en estas crisis de abyección y de horror el único nombre que le vino a la memoria fue el de Clive Moriarty?

Si, tenía que ser él.

Sólo él podía salvarla.

¡Sólo suya podía ser la silueta que se acababa de dibujar en la puerta!

Los dos granujas también se habían vuelto.

Pero no, no era él. El tipo que acababa de aparecer en el umbral resultaba un perfecto desconocido.

Yolanda se dio cuenta, con horror, de que aquel tipo era otro granuja. Y de que quizá serían tres en lugar de dos los que la ultrajarían.

El pistolero avanzó.

Sloan y Bussy habían llevado las manos a los revólveres, pero sin sacarlos. Aunque se mantenían expectantes, algo les decía que aquel tipo no era un auténtico peligro.

El recién llegado contempló la escena. No debía ver bien a la chica porque los dos canallas casi la tapaban, pero se daba cuenta exacta, desde luego, de lo que estaba ocurriendo.

—Je, je... —gruñó—. Una escena divertida, ¿eh? Os disponíais a pasar un buen rato...

Bussy barbotó:

—¿A qué ha venido?

—Tenía que encontrarme aquí con alguien, pero veo que no está. Quizá me he adelantado.

—¿Quién infiernos eres?

—¿No lo adivináis?

Con aquella pinta y con aquel armamento, sólo podía ser una cosa. Los dos granujas lo adivinaron a la vez.

—Eres un pistolero de Buster.

—¡Claro que sí! Menos mal que, además de usar vuestras manos, usáis vuestras cabezas.

—¿Y a qué has venido?

—Ya os he dicho que tenía que encontrarme con alguien.

—Ahora los hombres de Buster se atreven a todo —barbotó Sloan, sin darse cuenta de que él hubiera tenido obligación de detenerlo, ya que por algo era el representante de la ley.

—Y vosotros también os atrevéis a todo, amigos.

El recién llegado rió siniestramente.

Yolanda se dio cuenta, con horror creciente, de que ya no había salvación para ella.

Bussy masculló:

—No va a ser tan fácil. Es una fierecilla.

—Yo os ayudaré… siempre que me dejéis participar en la fiesta.

—De acuerdo, pero serás el último de todos.

—Lo he hecho otras veces. No me importa.

Y sacó el revólver.

Sloan barbotó:

—¿Qué vas a hacer?

—¿Por qué tenéis que pelear tanto? ¡Qué idiotas! ¡Qué falta de práctica! ¿No os dais cuenta de que lo mejor es dejarla sin sentido de un culatazo? —y añadió—. ¡Apartaos!

Los dos canallas se ladearon, dejando que el pistolero actuase a su modo. Este alzó la culata del revólver. Vio los ojos limpios, claros pero aterrorizados de Yolanda.

Fue a dejar caer la culata.

Pero de pronto se detuvo.

La mano se crispó en el aire.

Era algo inexplicable.

Parecían faltarle fuerzas para descargar el golpe.

Bussy barbotó:

—¿Pero qué te pasa?

—Es… es asombroso.

—¡No sé dónde ves tú c! asombro! ¡Es una chica como otra cualquiera! ¡Bueno, en todo caso más bonita que las demás! ¿Pero qué demonios te ocurre?

—No puedo creerlo…

—¿Qué es lo que no puedes creer, payaso?

—Buster tiene…

—¿Qué tiene? ¡Habla de una vez!

—Tiene un retrato de una mujer exactamente igual que ésta.

¡Exactamente igual! ¡Es la misma! Pero, claro, no puede ser… Hace muchos años que Buster guarda ese retrato…

Los dos hombres le miraron asombrados.

Y la más asombrada era Yolanda.

Bussy barbotó:

—¿Por qué tiene Buster ese retrato? ¿Quieres explicarlo?

—Fue una mujer a la que amó. Una mujer a la que, por lo visto, ultrajó salvajemente, pero a la que luego no pudo olvidar.

—¿Y no la vio más?

—No. Buster era de esos hombres que «trabajaban» en lugares muy distintos del país. Parece que alguna vez volvió a Rinconada, pero ya no pudo ver más a esa mujer.

—Ahora lo entiendo —barbotó—. ¡Esta muchacha tiene que ser…! Esta muchacha tiene que ser… ¡su hija!

También los otros dos hombres habían entendido.

Se miraban a los ojos.

Y también había entendido Yolanda, cuya garganta parecía a punto de romperse a causa de tantos esfuerzos como hacía por ahogar un grito. Por su imaginación desfilaban unas escenas que ella no había visto, pero que podía entender perfectamente.

Unas escenas cargadas de sentido y de horror.

El pistolero Buster, entonces un hombre muy joven, ultrajando a su madre.

Yolanda venía al mundo.

Adams se apiadaba de la pobre mujer y para dar un nombre a la pequeña, pedía a María en matrimonio.

Pero había otros dos hombres que también se habían fijado en ella.

Bussy y Sloan.

¡Bussy y Sloan, que entonces eran mucho más jóvenes, pero tan canallas cómo ahora!

No habían conseguido sus propósitos con María.

Porque ahora María era una mujer endurecida, experimentada y que sabía defenderse.

Entonces la habían asesinado.

Pero de todo ese universo de horror que ahora desfilaba por la mente de Yolanda, una cosa quedaba más clara que las otras. Una cosa que lo iluminaba todo con una luz siniestra:

¡Ella era la hija del pistolero Buster!
El granuja recién llegado también lo habla entendido así.
Y también lo habían entendido Bussy y Sloan.
Sus ojos extraviados no lograban clavarse en ella. Sus facciones estaban cubiertas de sudor.
El pistolero se apartó unos pasos mientras barbotaba:
—Necesito pensar…
—¿Qué es lo que necesitas pensar? —preguntó Sloan con voz helada.
—Es la hija de Buster, tiene que serlo.
—¿Y qué?
—Eso cambia las cosas.
—No cambia nada —dijo Sloan con voz conciliadora—. ¿No es una chica preciosa? Dime, ¿lo es o no? ¿Entonces a qué esperamos? ¿Es que Buster va a saber algo? Y aunque lo supiese, tampoco le importaría.
El pistolero vaciló.
Luchaba entre el miedo y el deseo innoble que provocaba en él aquella muñeca palpitante.
Sloan terminó de convencerle.
—No vaciles tanto… ¿A qué vienen esas dudas? Tienes delante el mejor festín de tu vida, y no puedes despreciarlo. Acércate a la puerta y mira si alguien viene. Y si todo está tan solitario como antes… ¡Vuelve y ayúdanos!
El pistolero se dejó convencer.
Fue hacia la puerta del almacén, mirando la calle solitaria.
Yolanda inició un grito, incapaz de soportar ya aquella horrible tensión, pero dos manos le taparon brutalmente la boca.
Eran las manos de Bussy.
Porque Sloan necesitaba tener bien libres las suyas.
En aquel momento el pistolero le ofrecía la espalda. Miraba la calle bien ajeno a lo que se fraguaba detrás suyo.
Sloan extrajo el cuchillo que descansaba en la parte posterior de su cinto. Lo blandió unos momentos y lo lanzó.
—¡Auuuuuuggg…!
El pistolero acababa de recibir la hoja de acero en la espalda. Sus piernas se doblaron y se contorsionó antes de caer, mientras barbotaba:

—¡Trai…dor!

—Ese tipo era un peligro —gruñó—. Puede que a Buster no le importe nada su hija, pero puede también que desee castigar a los que le han puesto la mano encima. No podíamos dejar un testigo así… ¡Y ahora nadie nos estorbará! ¡Vamos a lo nuestro! ¡Vamos, Bussy!

Cuatro zarpas cayeron sobre el cuerpo palpitante de Yolanda.

Cuatro auténticas zarpas de fiera.

Ella gritó entonces, gritó con toda su alma, mientras recuperaba las fuerzas. Todo su horror se esfumó para transformarse en desesperación, y ya se sabe que la desesperación da fuerzas.

Saltó como una atleta.

Su hermoso cuerpo rebrincó en el aire y dejó de estar entre las zarpas de aquellas fieras.

Corrió hacia la puerta.

Era increíble su agilidad.

Los dos hombres la miraban alucinados.

Yolanda gritó de nuevo, pero ahora su voz fue más débil, quizá porque le faltaba el aliento.

Sin embargo, a los dos canallas les pareció un verdadero estruendo.

—¡No dejes que salga, Sloan! —chilló Bussy—. ¡No dejes que salga!

Sloan barbotó:

—¡No grites, Yolanda! ¡No huyas! ¡No va a pasarte nada…!

Pero Yolanda ya estaba en la puerta.

Sloan barbotó:

—¡Condenada zorra…!

Había sacado el revólver.

Este temblaba en la mano derecha.

—¡Quieta, puerca!

Yolanda no le escuchaba. Ya iba a salir.

¡Bang! ¡Bang!

Las dos detonaciones parecieron estremecer la población entera. Los dientes de Sloan rechinaron, produciendo un chasquido. Bussy se le quedó mirando con unos ojos alucinados donde se mezclaban el desengaño y el terror.

Los dos parecían incapaces de decir una sola palabra.

Sloan se puso en pie y caminó pesadamente, como si sus pies estuvieran lastrados con plomo.

Se inclinó sobre la muchacha.

Ella palpitaba aún.

Y entonces Sloan terminó su repulsivo crimen. Extrajo el cuchillo del cuerpo del pistolero y lo clavó hasta las cachas en el corazón de Yolanda. Esta se estremeció, sin ni siquiera gemir, y quedó espantosamente quieta.

Sloan barbotó:

—Ya no hay que preocuparse más de ella.

—Pero...

—No te inquietes; nadie ha oído los disparos.

—¿Qué vas a hacer con el cadáver?

Sloan rió siniestramente.

—¿Qué hicimos con el cadáver de su madre?

—Pues... pues nada...

—Eso mismo es lo que haremos con ella: nada. No te preocupes, alguien la descubrirá. Y nadie sospechará que hemos sido nosotros.

Una lucecita de alivio asomó a los ojos cobardes de Bussy

—En eso tienes razón. Cuando ocurrió lo de María nadie sospechó de nosotros tampoco.

—¿Y por qué habían de hacerlo? Somos personas respetables. Las personas más respetables de la ciudad. ¿O no lo somos?

El gordinflón Bussy emitió una risita de gallina clueca.

—Tienes razón, Sloan. No hay duda de que lo somos.

—Pues entonces aprisa. Hay que largarse de aqui.

—Cuando quieras.

Los dos se dirigieron hacia la puerta.

Pasaron por encima del cadáver.

Los ojos de Bussy temblaban dentro de las órbitas. En cambio los de Sloan eran como dos pedacitos de hielo.

El banquero barbotó:

—¿Pero te das cuenta...? No conseguimos nada de la madre y tampoco lo hemos conseguido de la hija.

—Eso es lo único que lamento.

—Y a las dos las hemos matado del mismo modo... con quince años de diferencia...

Sloan rechinó los dientes.

—No te preocupes —barbotó—. Con quince años de diferencia, Adams les habrá dado una buena sepultura.

CAPITULO XII

El hombre que entró en el hotel parecía un espectro. Necesitaba apoyarse en las paredes para no caer a tierra. Su rostro estaba tan pálido que daba angustia. Sus labios tenían un temblor espasmódico.

Clive le vio.

Quizá llevaba años sin distinguir a un tipo tan aterrado como Adams. Años enteros sin ver a un tipo que se pareciese tanto a un muerto.

Adams también le vio a él.

Había una pequeña sala de juego a un lado del vestíbulo del hotel, y Clive Moriarty ocupaba una de las mesas. Estaba allí improvisando un solitario, cuando, al alzar la mirada, se encontró con los ojos aterrados de Adams. Enseguida se dio cuenta de que algo espantoso tenía que haber ocurrido.

Los dos hombres se miraron en silencio durante unos segundos que parecieron interminables. Y al fin Adams, tambaleándose, se acercó.

—Le buscaba, Clive.

—Ya lo noto. Siéntese!

Adams no encontraba la silla.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó el pistolero—. Ni que hubiera visto una legión de fantasmas.

Adams no contestó.

Se notaba que no podía hacerlo.

Tomó ávidamente la botella que Clive tenía sobre la mesa y bebió hasta que se le abrasó el estómago. Sólo entonces fue capaz de modular unas cuantas palabras.

—Ha sido horrible...

—Pero, ¿qué ha ocurrido, Adams? ¡Por todos los infiernos! ¡Hable de una maldita vez!

—A Yolanda la han matado... como a su madre.

Clive arqueó una ceja.

Sintió frío hasta el fondo de sus huesos.

—Hable —barbotó, haciendo un esfuerzo para que su voz sonase firme.

—Hay un almacén... cerca de aquí. Está en uno... uno de los sitios más apartados de la población. Le llaman... el almacén de Gutten.

—Sí.

—Yo he ido allí por casualidad, y me he encontrado con... con una escena horrible... Cada vez que lo pienso aún siento como si... como si...

Clive preguntó con un soplo de voz:

—¿Yolanda...?

—Sí, era Yolanda. Primero habían disparado contra ella y luego la habían apuñalado.

—¿Quién?

—¿Y cómo puedo saberlo?

—Tendrá alguna sospecha, Adams.

—No tengo ninguna.

—¿La habían... ultrajado?

—Estoy seguro de que no.

—¿Pero habían intentado hacerlo?

—Eso tal vez sí. Sus ropas estaban muy desordenadas, y algunas las habían roto.

—¿A quién le gustaba Yolanda?

—Yolanda le gustaba a todo el mundo.

—Pero podía haber alguien en especial, alguien que se hubiera atrevido a sobrepasarse con ella.

Con las manos sobre los ojos, mientras respiraba agitadamente, Adams reflexionó.

Estaba tan demudado que sus facciones se habían vuelto grises.

—No lo sé —insistió—. Ya le digo que Yolanda gustaba a todo el mundo.

—Pero tiene que haber alguien que...

—No lo sé, Clive. Yo siempre he estado metido en mis negocios, y ella no era muy parlanchina en ese sentido. O quizá se callaba cosas para no preocuparme. Pero hay una cosa que sí que sé, Clive Moriarty: usted es un asesino profesional. Usted es un hombre que mata si le pagan por matar.

Clive arqueó una ceja.

—Sí, hasta ahora he hecho eso. Muchas veces han puesto delante de mis ojos, sobre la mesa, un puñado de monedas. Al otro lado de

la balanza estaba la vida de un hombre. Unas veces he aceptado y otras no.

—En este caso va a aceptar, Clive.

—¿Por qué?

—Diga usted la altura que tiene que alcanzar su montón de monedas. Estoy dispuesto a llegar donde sea. Estoy dispuesto a llegar hasta el techo.

—¿A quién he de matar?

—No lo sé aún; usted averigüe quién ha hecho eso y mátelo. Nadie le hará preguntas, yo me limitaré a preparar un buen entierro.

Clive reflexionó.

Sus puños temblaban extrañamente sobre la mesa.

Adams barbotó:

—Ponga usted la cifra. Fíjela, por alta que sea. ¿Cuánto quiere?

—Nada.

Adams tembló.

—¿Nada...?

—Usted quizá no lo sepa, pero Yolanda me salvó la vida una vez. Por tanto, no voy a cobrar nada por vengarla. Ni una maldita moneda.

Los dedos de Adams habían blanqueado de tanto apretarlos sobre la mesa.

Le miraba ansiosamente, sin respirar, con los ojos desencajados.

—¿Cuándo va a hacerlo, Clive? ¿Cuándo? ¿Cuándo...?

Mientras se dirigía hacia la puerta, Clive Moriarty dijo con una sonrisa inexpresiva y helada, con una sonrisa verdaderamente funeraria:

—Antes de que se enfríe el cadáver...

CAPITULO XIII

Sloan estaba allí. Como no tenía ayudante, dada la reducida importancia de la población, él era quien se ocupaba de todos los trámites legales cuando se producía un asesinato. También había ante el almacén unos cuantos curiosos, aunque no se permitía que pasaran de la puerta.

Clive apareció en el umbral.

El hombre que Sloan había puesto allí para vigilar, dijo con voz lenta:

—Lo siento, amigo, no puede usted pasar.

Clive no contestó.

Sólo clavó en aquel hombre sus ojos de hielo, unos ojos inhumanos que parecieron atravesarle.

El otro sintió que una cosa fría le pasaba por la espalda y por las rodillas.

Aquella mirada de Clive Moriarty perforaba la piel como una hoja de acero.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Clive.

—Nada... nada.

Clive pasó.

Sloan le miró fijamente.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Y usted?

—Yo soy el alguacil de Rinconada. Soy un hombre que sirve a la ley.

—Pues yo soy el asesino de Rinconada. Soy un hombre que se burla de la ley.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

Clive no se molestó en contestar.

Miraba el cadáver con ojos obsesionantes.

—Echenle una manta encima —dijo—. Háganlo pronto.

—¿Por qué una manta?

Clive dijo sencillamente, con una mirada siniestra:

—Que no se enfríe el cadáver.

—¿Qué interés tiene usted en eso?

—Antes de que se enfríe del todo, sus asesinos estarán muertos.

Sloan se estremeció.

—¿Asesinos? ¿Por qué habla en plural?

—Yolanda era una mujer fuerte, valerosa, y que sabía defenderse. Sin embargo, lograron sujetarla bien y estuvieron a punto de ultrajarla. Es completamente seguro que un hombre solo no pudo haberlo hecho.

—Ya... ¡Ejem! Es posible que sí... ¡Uf! No se me había ocurrido pensar en eso, Clive Moriarty, pero debió ser gente de fuera... Sí, eso es, gente de la banda de Buster.

Clive miró el otro cadáver.

—Ese hombre sí que era de la banda de Buster —musitó.

—¿Lo conocía?

—Creo que conozco a todos sus sicarios —masculló—, después de tanto tiempo de luchar contra ellos. Y si no a todos, a casi todos. Este que ve aquí, además, tenía una misión especial. Era el mensajero de Buster.

—¿El mensajero?

—Sí. El hombre a quien Buster encargaba ciertas misiones de confianza.

—¿Y qué hacía aquí?

—Eso no lo sé.

Sin obtener permiso del alguacil, y a pesar de que éste puso cara de perro, Clive registró al pistolero. No llevaba nada de interés. Sin duda el recado que tenía que transmitir era verbal, en el caso de que tuviera que transmitir algo.

Luego miró pensativamente el cuerpo de Yolanda, al que estaban cubriendo con una manta.

Era imposible decir lo que pasaba por el cerebro de Clive.

Pero en su rostro había algo de helado, de mortal, de inhumano.

Algo que hubiera hecho estremecer hasta a Adams, un hombre acostumbrado a tratar con los muertos.

Sloan sintió un temblor que le era muy difícil contener. Oyó un raro sonido que era el castañeteo de sus propios dientes.

—Clive, ¿qué piensa? —farfulló.

—Nada. Yo nunca pienso nada, alguacil. ¿Qué se piensa cuando se mata? Seguramente nada. Por eso, Sloan, a mí no me gusta pensar...

Sloan sintió otra vez en los huesos el frío de la muerte. Barbotó:

—¡Clive!

Pero Clive ya no le oía.

Acababa de salir del almacén diciendo:

—Sobre todo que no se enfríe el cadáver...

* * *

Cuando Sloan volvió a su oficina, Clive Moriarty estaba sentado en uno de los peldaños del porche.

A su lado se encontraba un tipejo que mascaba tabaco. Todo el suelo en torno suyo estaba tapizado de salivazos negros.

Era seguro que allí no crecería más la hierba.

E incluso era posible que si pasaba una manada por allí, la diñara de pronto la mitad de las reses.

Sloan miró a Clive de reojo.

Pero no dijo nada.

Simplemente abrió con la llave la puerta de su oficina que estaba cerrada y entró. De pronto le pareció oír unos pasos pesados a su espalda.

Clive entraba detrás.

Sloan se volvió barbotando:

—¿Qué quiere?

—Siéntese, alguacil.

—Pero...

—¡He dicho que se siente!

Sloan se dejó caer en una de las sillas que había delante de la mesa.

Y en aquel momento se oyó un sordo gruñido más allá de una gruesa puerta de acero.

Un gruñido que parecía el de una fiera enjaulada.

—Cállate, Joe —dijo Sloan maquinalmente—. Cállate de una maldita vez.

Clive arqueó una ceja.

—¿Quién es Joe?

—Un prisionero.

—¿Y por qué no lo tiene a la vista, detrás de unas rejas normales?

—Es cosa mía.

—De acuerdo, es cosa suya.

—¿A qué ha venido, Clive Moriarty?

Clive dijo con voz chirriante:

—He estado pensando.

—Creí que usted no pensaba.

—A veces sí.

—¿Y qué ha pensado, si puede saberse?

—En lo que pienso siempre.

—¿Y qué es?

—En matar.

Los dientes de Sloan produjeron un chasquido vibrante, como el que hubieran producido al chocar dos bolas de cristal.

—¿En matar a quién?

—A los asesinos de Yolanda.

—¿Y ya sabe… quiénes son?

—No exactamente, pero lo imagino.

—Dígame lo… lo que imagina. Soy el alguacil de Rinconada. Detendré a quien sea… si las sospechas… si las sospechas tienen fundamento.

—No hace falta que se mueva mucho, Sloan.

—¿Qué quiere decir?

Clive le miraba fijamente otra vez, con aquella expresión helada y asesina, una expresión que hacía pensar, sin que se supiera por qué, en los hombres ahorcados.

—¿Por qué dice que no tengo que moverme mucho? —insistió temblorosamente Sloan.

—Porque no tiene más que detener a su amigo Bussy, que estará muy cerca. Y luego detenerse usted mismo, alguacil. Ponerse las argollas más gruesas que tenga…

CAPITULO XIV

Un tajo de cuchillo cortándole una mejilla entera no hubiese producido la crispación que aquellas palabras produjeron en el rostro de Sloan. Se estremeció, miró a Clive con ojos alucinados y por unos momentos fue incapaz de hablar. El miedo era tan intenso que le agarrotaba hasta la garganta. Fue visible el esfuerzo terrible que hizo para reunir sus energías y barbotar:

—Us... usted bromea...

—Nunca he hablado tan en serio, Sloan.

—Pero es absurdo... Si usted realmente creyera lo que dice, me miraría con odio. Y me está mirando con indiferencia, con una indiferencia que hiela la sangre...

—Es que a las cucarachas yo las aplasto con indiferencia, alguacil. Las piso bien hasta dejarlas como empotradas en el suelo, pero sin dar a eso ninguna importancia...

—Clive... ¡Clive Moriarty! ¡Está usted hablando con el alguacil de Rinconada!

—Y usted con el verdugo.

—No... ¡No tiene ningún motivo para creer lo que dice! ¡Trata de sonsacarme! ¡Es grotesco!

—No, no lo es, Sloan, y le explicaré por qué. Sólo un detalle me llamó la atención en la pobre Yolanda, y fue que al pasar por este lado de la calle cruzara siempre a la otra acera para no tener que acercarse demasiado a su oficina. ¿Qué sucedía? ¿Era que aquí había oído frases procaces? ¿Era que se le habían hecho proposiciones innobles? ¿O no le gustaba quizá la mirada de sus ojos?

Sloan barbotó:

—¡Es ridículo, grotesco!

—Aquella canallada la cometieron dos hombres. Y usted es muy amigo de Bussy...

—¡Más grotesco todavía! ¡Tengo muchos amigos...!

—Como Bussy ninguno.

—Pero... ¡pero usted no sabe lo que dice!

—Claro que lo sé, Sloan. He dispuesto del mejor servicio de información de la ciudad. Ese viejo lanzador de salivazos mortíferos

lo sabe todo. No se le escapa ni el vuelo de una mosca. Y me lo ha contado todo también. Las frases desvergonzadas contra Yolanda. Sus proposiciones innobles. El hecho de que Bussy y usted la perseguían desde que era una niña…

El alguacil se estremeció.

Comprendió que estaba perdido.

Comprendió que allí no habría piedad. Que la muerte que le aguardaba era espantosa.

Y entonces… ¡saltó hacia la puerta de hierro! ¡Saltó con todas sus fuerzas, con toda su rabia!

CAPITULO XV

Movió el pesado cerrojo.

La puerta se abrió.

Y entonces los ojos de Clive Moriarty, a pesar de toda su indiferencia, a pesar de que en ellos siempre estaba aquella mirada de hielo, se dilataron con horror. Porque entonces vio algo que no había creído ver nunca, por lo menos en la cárcel de una población como Rinconada.

El tipo encerrado allí era un gigante.

Era el gigante más corpulento, más bestial que Clive había visto todos los días de su vida.

Llevaba barba de semanas, de meses.

Todo su cuerpo estaba cubierto de costras de suciedad.

Brillaba en sus ojos una mirada de locura.

Sólo viéndolo, comprendió Clive por qué no lo habían tenido en una celda normal de rejas, a la vista de cualquiera. Comprendió por qué Sloan había tenido encerrado a aquel monstruo en una especie de jaula.

Clive barbotó:

—¿Quién es?

—¡Es Kilber! —aulló—. ¡Es el maldito y condenado Kilber!

—Oí mencionar a un asesino llamado así. A un estrangulador.

—Es él...

Si Sloan pensaba que con ello aterrorizaría a Clive Moriarty, iba listo. Porque Clive Moriarty, al contrario, volvía a tener aquella helada y mortal serenidad. Diríase que nada le importaba nada. Como si la cosa no fuese con él, preguntó:

—¿Kilber? ¿Y qué hace aquí?

—¡Lo condenamos a muerte y lo ahorcamos, pero se rompió la cuerda! —masculló Sloan—. ¡No hay cuerda que pueda resistir su peso! ¡Y el muy bestia no murió! ¡Su cuello lo aguantó todo! ¡Por eso legalmente hubimos de encerrarle! ¡Hubimos de conmutarle la pena por la de cadena perpetua! (1).

(1) Durante años se produjo en el Oeste —heredando una confusión que ya venía de Inglaterra— una importante y curiosa anomalía legal. Las sentencias de muerte en

la horca se pronunciaban con las palabras: «Se le condena a ser colgado por el cuello en tal sitio, a tal hora, etc…» con lo cual se entendía que, al ser colgado el reo, la pena ya se había cumplido. Ello era lógico, puesto que el reo moría indefectiblemente. Pero, ¿qué pasaba si, en un caso muy excepcional, la cuerda se rompía sin que el reo muriera? Algunos abogados sostuvieron que debía ser dejado en libertad, puesto que la sentencia ya estaba cumplida, e incluso llegaron a invocar la voluntad divina que había salvado al reo. Los jueces decidieron que, en esos casos, la pena a aplicar debía ser la inferior, o sea, cadena perpetua. Al fin se aplicó la fórmula legal que se usa en la actualidad y que no deja lugar a confusiones: «Será colgado por el cuello *hasta que muera…»*. (N. del A.)

El monstruo avanzaba poco a poco hacia él.

Estaba claro que sólo obedecería a Sloan, el hombre que le daba la comida y que podía devolverle la libertad.

Joe Kilber…

¡La bestia más sanguinaria que se había visto en Nuevo México!

Sloan barbotó:

—¡Mátalo, Joe! ¡Mátalo! ¡Te dejaré libre si lo haces! ¡Estrangúlalo con tus manos! ¡Mátalo!

Kilber siguió avanzando.

Tenía su revólver.

Fue a sacarlo, pues, de la funda y a disparar. En esto no tuvo ningún escrúpulo.

Pero Sloan ya contaba con eso. Sloan no se atrevió a sacar su revólver por 1o que pudiera suceder, pero sabiendo que Clive estaba pendiente tan sólo del avance de Joe Kilber, arrojó una silla a la cabeza de Clive Moriarty. Este recibió el impacto de lleno y se tambaleó con un gesto de dolor, perdiendo unos segundos preciosos, los segundos necesarios para que Joe saltara sobre él.

Fue un choque brutal.

Este rodó por el suelo, mientras su revólver saltaba por los aires, lejos de la funda y por lo tanto de su mano. Las zarpas de Joe fueron hacia su garganta.

Se cerraron sobre ella.

El asesino estaba presa de una furia satánica.

Pero si creía que Clive iba a ser como otras víctimas que antes dejó en su camino, estaba arreglado. Clive arqueó el cuerpo con la fuerza de un resorte e hizo brincar a Joe. Este saltó hacia la pared que tenía enfrente.

Y lanzó un rugido de rabia.

Se volvió furioso cuando Clive se incorporaba. Y alargó la zarpa

derecha.

Alcanzó de lleno a Clive con ella.

Fue un impacto capaz de dejar K.O. a un oso.

Todo el rostro de Clive se llenó dé sangre, al abrírsele una ceja.

Pero eso no le asustó, sino que, al contrario, excitó su furia. Sus puños salieron disparados también. Y con una verdadera ansia homicida.

Joe no supo esquivarlos.

Sloan barbotó:

—¡Mátalo! ¡Estrangúlalo, Joe! ¡Mátalo!

Joe Kilber volvió a lanzarse. Pasó a lo largo de toda la oficina en vuelo rasante, como una flecha, chocando con el cuerpo de Clive, que ya le esperaba en pie.

El pistolero disparó los dos puños, alcanzando otra vez de lleno a su enemigo, pero no pudo evitar ser arrollado por éste.

Los dos salieron volando hacia el exterior. Los batientes de la oficina fueron arrancados de cuajo»

Chocaron contra una de las columnas del porche.

¡Y todo el porche se tambaleó!

¡Parecía como si un terremoto estuviera sacudiendo aquella parte de Rinconada!

El vejete de los salivazos mortíferos, que aún estaba sentado en los peldaños, salió disparado también. Cayó de narices en medio de uno de los lagos negros y pestilentes que él mismo había formado y por poco se ahoga.

Varios caballos relincharon.

Los bebedores del *saloon* salieron en bloque.

—¡Eh, muchachos!

—¡Mirad esa bestia!

La «bestia» había logrado sujetar de nuevo a Clive, aferrando su cuello. Pero Clive no estaba dispuesto a dejarle apretar. Ni estaba dispuesto a asustarse, porque si se asustaba estaba perdido.

Golpeó con las dos manos abiertas, alternativamente, debajo de la nariz de su enemigo.

Fue un golpe mortífero de los que, más adelante, se llamarían «de comando». Un golpe de los que remueven el cerebro del contrario y lo envían volando al Más Allá. Pero aquella inmensa bestia que era Joe Kilber no murió. Lo único que hizo fue soltar el

cuello de su enemigo, pero a partir de aquel instante, su furia fue en un terrible *crescendo.*

Clive se lo había sacudido de encima otra vez arqueando el cuerpo. Y los dos a la vez se lanzaron al ataque.

El que golpeó ahora fue Clive.

Toda la cabeza de Clive fue sacudida.

Su cuerpo se levantó del suelo.

Sloan babeaba de entusiasmo.

Sabía que ahora su enemigo estaba perdido.

¡Nadie resistía los zarpazos de Joe Kilber! ¡Nadie!

En efecto, Clive vaciló, girando sobre sí mismo. Ahora sí que su rostro era una auténtica máscara roja. Sus rodillas vacilaron, como si fuese a caer.

Kilber preparó un nuevo zarpazo.

¡El definitivo!

¡Luego, cuando lo hubiese hecho caer, lo estrangularía!

Pero ese zarpazo no llegó a su destino.

El pistolero lo había esquivado inclinándose, mientras disparaba su puño izquierdo. ¡Directo al hígado! ¡Fue un impacto de los que tumban a un boxeador por la cuenta de treinta!

Ahora el que se tambaleó fue Joe.

La gente estaba atónita, petrificada.

Los espectadores habían contenido la respiración.

Clive insistió. El hígado era la parte débil de aquella especie de roca. Por lo tanto cargó la mano otra vez. ¡Dos veces! ¡Tres veces…!

Joe ya boqueaba.

Sus ojos desencajados miraban atónitos un mundo que empezaba a dar vueltas en torno suyo.

E hizo lo único que podía hacer. Trató de abrazarse a su enemigo. Si lo abrazaba, si lo aplastaba con su peso, aún podía vencer.

Pero Clive lo vio venir, porque ahora los movimientos de su enemigo ya no eran tan rápidos.

Pudo dar un paso atrás, colocarse a la distancia conveniente y lanzar otra vez sus mortíferos puños. Buscó ahora el mentón, sabiendo que podía poner K.O. a su adversario.

Los dos impactos fueron atronadores.

Joe Kilber, a pesar de su enorme peso, también fue levantado del

suelo.

Sus ojos se habían vuelto blancos. Estaba tan *groggy* que ya no veía.

Pero no cayó.

Aún intentó dar zarpazos de ciego, queriendo cazar a su enemigo, y Clive pudo así repetir sus espantosos golpes debajo del pabellón nasal con el canto de la mano abierta.

Ahora sí que Joe Kilber se derrumbó.

El condenado a muerte iba a morir.

Ahora sí que la sentencia había sido cumplida.

Otro golpe a la mandíbula terminó enviándole a la región de los eternos sueños.

Joe Kilber abrió los brazos con un gesto instintivo, se tambaleó y cayó sobre la baranda del porche, que quedó hecha astillas.

Sloan estaba mortalmente pálido.

Se daba cuenta de que había llegado su hora.

Clive Moriarty le eliminaría de un balazo. Claro que era un delito imperdonable el matar a un alguacil. Pero a un pistolero como Clive, ¿qué le importaba?

Sloan ahogó una salvaje maldición.

Sin embargo no todo estaba perdido para él.

Bussy acechaba.

Bussy se había dado cuenta de todo y no ignoraba el peligro en que se hallaba su compañero de crímenes. Por lo tanto, el peligro en que se hallaban los dos. Y había alzado ya un rifle desde la esquina en que se encontraba la barbería.

Estaba asustado.

Clive estaba quieto y además se encontraba muy cerca.

Sonó un disparo.

Y Bussy se estremeció brutalmente, más a causa del miedo que a causa del dolor. Su brazo izquierdo había sido rozado levemente, haciendo que saltara el rifle. Pero la sensación de muerte llegó hasta su garganta y le hizo lanzar un grito.

Una mujer acababa de disparar.

Una mujer con un revólver situada en una de las ventanas.

CAPITULO XVI

Bussy lanzó un grito de horror.

Comprendió que el próximo disparo sería para su cabeza.

Soltó el rifle y echó a correr, mientras Sloan hacía lo mismo.

Porque Sloan se había dado cuenta de que ahora, muerto Joe Kilber, las cosas estaban perdidas para él.

En un momento desaparecieron los dos canallas.

Clive Moriarty no trató de evitarlo.

La verdad era que no se había dado cuenta de la nueva situación.

No llegó a notar que los dos granujas desaparecían de la calle. Sus ojos estaban sólo pendientes de la muchacha que acababa de ver en la ventana con su revólver humeante.

¡Era la que antes trató de detenerle en el hotel!

¡Era la cazadora de recompensas!

Ella desapareció de la ventana. Sin duda iba a descender a la calle.

Mientras tanto, todos los espectadores de la salvaje pelea aún continuaban boquiabiertos.

—¡Esa bestia inhumana de Joe Kilber!

—¡Sloan sabía que no podía dejarlo salir!

—¡No penséis más en el! ¡Al final se ha cumplido la sentencia de muerte!

Clive, mientras tanto, había avanzado hacia la puerta del hotel. No se daba cuenta de los comentarios. Sólo se daba cuenta de que aquella mujer acababa de salvarle la vida.

De pronto la vio aparecer ante sus ojos.

Iba vestida como antes, pero ya había guardado el revólver.

Sus ojos, que parecían mirar al vacío, se encontraron con los ojos de Clive Moriarty.

Este bisbiseó:

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Susan.

—¿Por qué me has salvado la vida, Susan?

—Porque las traiciones me crispan los nervios. Porque no puedo soportarlas. Y porque además tú «eres mío». Porque tengo que

cobrar la recompensa.

Clive sonrió levemente.

—La recompensa que yo te daría la tengo muy bien pensada —musitó.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

—Creo que es la misma especie de recompensa que me has dado antes en la habitación, ¿no?

—Aproximadamente.

—Pues no me gustó.

—Lo lamento, Susan.

—No creo que valga la pena repetir.

—No repetiré, Susan. Pero al menos permite que te invite a una copa. Permite que te invite «de hombre a hombre».

Ella rió.

La verdad es que cualquier semejanza y ella seria pura coincidencia.

¡Con aquellas curvas!

¡Con aquella cara...!

Movió afirmativamente la cabeza.

—Muy bien, amigo —dijo—. Pero cuidado con las manitas, ¿eh?

—Claro, mujer. Eso no hace falta ni decirlo. Es un asunto «de hombre a hombre».

Y salieron los dos.

Pero notaron una serie de cosas extrañas.

Muy extrañas.

La primera de ellas fue que la calle había quedado repentinamente vacía.

La segunda, el espantoso silencio que imperaba en ella.

Y la tercera fue ver aquel jinete que ocupaba el centro de la calle y que les apuntaba con un «Colt» del 45.

Aquel jinete que era el propio pistolero Buster.

CAPITULO XVII

Clive dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Estaba listo.

Ni siquiera llevaba armas.

Por otra parte, Buster era tan rápido como el rayo disparando, de modo que con él no cabían zarandajas. Además, aunque no estaban visibles, debía tener a varios de sus hombres vigilando la zona.

Buster susurró:

—Te encuentro en muy buena compañía, Clive Moriarty.

—Sí, ya ves...

—¿Quién es esa muñeca?

—Una cazadora de recompensas. Le convenía mucho más haberte cortado la cabeza a ti, pero ha querido cortar la mía.

Buster rió quedamente.

Era un hombre de unos cuarenta o cuarenta y dos años, con el aspecto correoso de los que siempre han vivido en el campo. Sus facciones parecían talladas en pedernal. En sus labios había permanentemente una mueca cruel y dura.

Todo el mundo conocía su fama.

Asaltante durante años y años de Bancos y diligencias, había amasado una inmensa fortuna que debía tener guardada en alguna parte. Y había matado a tantos hombres, que la relación de sus nombres parecía perderse en la noche de los tiempos.

Ahora quizá Buster estaba al final de su carrera. Se decía que iba a retirarse.

¿Pero se retiraría matando a Clive Moriarty?

Este sabía que sí.

Estaba más perdido que un tigre en el fondo de un pozo y rodeado por los cazadores.

Pero eso no le importó.

La misma sonrisa helada, de desafío y de muerte, seguía flotando en su boca.

Buster susurró:

—He tenido que venir a buscarte a tu madriguera, amigo. Como mis hombres son incapaces de matarte, el trabajo voy a tener que

hacerlo yo mismo.

—Ya suponía que no habías venido sólo a echar un trago, Buster. Siempre que entras en una ciudad tú también gastas unas cuantas balas.

—Por descontado que sí. Y voy a empezar a gastarlas ahora, amigo.

Clive ni siquiera pestañeó.

Sólo dijo:

—Antes quiero pedirte un favor, Buster. El último favor que un pistolero pide a otro pistolero.

—¿Qué favor?

—Quiero hacer que sea enterrada una mujer.

—¿Es una trampa?

Clive abrió levemente los brazos.

—No llevo armas, Buster. Puedes acribillarme si me sigues. Y sé que en los puntos cruciales de la ciudad tienes apostados hombres que no me dejarán escapar.

Buster parpadeó.

No era más que un sucio asesino de la ruta, un hombre que siempre había vivido matando.

Pero, a su manera, tenía honor. No negaba nunca la última gracia a un enemigo al que pensara obsequiar con una bala.

—Está bien —dijo—. Si, se trata de enterrar a una mujer, puedes hacerlo. Pero yo te seguiré, y si hay un solo gesto que no me guste...

—Puedes seguirme. Te juro que no trato de escapar.

Pasó delante, tras hacerle un gesto a Susan para que no se moviera de allí. Buster picó espuelas levemente y le fue siguiendo con el «Colt» a punto.

Toda la ciudad parecía muerta.

No se movía ni una mosca.

El trágico silencio sólo era roto por los pasos de Clive y el leve «toc, toc» de los cascos del caballo de Buster.

Así llegaron al almacén donde Yolanda había sido asesinada. Buster vio los dos cuerpos desde la puerta, al descabalgar. Pero, lógicamente, el primero que le llamó la atención fue el de su propio pistolero.

—Era mi mensajero —farfulló.

—Lo sé —dijo Clive.

—¿Quién ha acabado con él?
—El mismo o los mismos que han acabado con esa mujer.
—¿Esa mujer?
Sólo se veía un bulto tapado por una manta.
Clive aún recordaba su última frase, al hacer que taparan así el cuerpo de Yolanda: «que no se enfríe el cadáver».
Buster farfulló:
—¿Quién es?
—¿Quieres verla?
—Me gustaría saber a quién tienes tanto interés en enterrar, amigo, teniendo en cuenta que luego vamos a enterrarte a ti.
Clive no contestó.
Alzó la manta.
Y entonces oyó una especie de gruñido, un gruñido salvaje que le recordó los de Joe Kilber.
Sorprendido, alzó los ojos hacia Buster.
Las facciones de éste habían cambiado por completo. Estaban lívidas, crispadas, iracundas.
Parecía no creer lo que veían sus ojos.
Había en sus facciones una expresión de bestia.
—¿Quién... quién...?
Clive le miraba asombrado.
—No te entiendo, Buster.
—¡Quiero saber quién ha matado a esa mujer!
—Pero ¿qué significa para ti?
—¡Por todos los infiernos! ¡No es posible!
—¿Qué no es posible, Buster?
—¡Quiero saber el nombre de esa mujer!
—Se llamaba Yolanda.
—¿Siempre ha vivido aquí?
—Pues, supongo que sí. Mejor dicho, no. Estuvo bastantes años educándose en Santa Fe. Eso explica que no la hubieses visto nunca, aun habiéndote acercado por Rinconada.
Buster estaba más lívido cada vez.
Sus dientes entrechocaron.
—¿Por casualidad la madre de esa muchacha se llamaba María?
—Sí. Y murió hace muchos años.
Los hombros de Buster temblaron.

Su voz produjo una especie de chirrido al decir:

—Entonces esa muchacha era… ¡era mi hija!

Clive sintió como un mazazo en el cráneo.

Quedó consternado.

Todo aquello le aclaraba tantas cosas —en especial sobre la identidad de los verdaderos asesinos de: María, quince años atrás— que sintió como si sus piernas vacilasen.

Por unos breves momentos todo pareció dar vueltas en torno suyo.

Buster aulló:

—¡Quiero saber quién lo ha hecho…!

—Puedo darte sus nombres si lo deseas.

—¡Sí! ¡Quiero sus nombres! ¡Cuanto más largos mejor! ¡Quiero sus nombres para dibujárselos en su propia piel con la punta de mi cuchillo!

—Lo siento, no son demasiado largos. Uno es el alguacil Sloan, el otro el banquero Bussy.

—¿Seguro?

—Seguro, Buster. Te doy lo que en este momento es lo único que puede hacer que me creas: te doy mi palabra de pistolero.

Buster bajó poco a poco el «Colt».

Sus facciones habían enrojecido de pronto. Sus dientes chirriaban ominosamente.

Fue a disparar.

Lo que acababa de oír no significaba ni mucho menos que fuera a perdonar a su enemigo Clive Moriarty. Ahora, este le había dicho ya todo lo que tenía que decirle. Por consiguiente, se había transformado en un ser inútil.

¡Que reventara!

Clive miró la muerte cara a cara, como había hecho siempre. La miró con ojos desafiantes.

—Gracias por tu palabra de pistolero —dijo Buster con un hilo de voz—. Y ahora, adiós. Ya tomaremos una copa en el otro mundo.

Su dedo empezó a cerrarse sobre el gatillo.

En aquel momento, uno de sus hombres que vigilaba las cercanías apareció en la puerta.

—Jefe —aulló—. ¡Jefe!

—¿Qué infiernos te pasa?

—¡Dos hombres huyen a caballo de la ciudad! ¡Uno de ellos es el alguacil Sloan!

Los dientes de Buster rechinaron otra vez.

—¡Hay que acorralarlo! —aulló—, ¡Quiero que lo hagáis volver! ¡Pero ojo con él! ¡Por todos los diablos del infierno! ¡Lo necesito vivo!

Y apretó definitivamente el gatillo.

Iba a liquidar a Clive.

Pero al girarse para hablar con su subordinado, Buster había perdido unos segundos preciosos. Clive ya no estaba en el mismo lugar. Había saltado sobre el cadáver de Yolanda, yendo a parapetarse tras la pila de paja fresca. La bala ni siquiera le rozó

Buster lanzó una maldición.

Sabía que Clive estaba acorralado, y que podía acabar matándolo, pero necesitaría para eso muchos hombres y mucho tiempo.

Su enemigo era escurridizo; si había conseguido ocultarse bien, no lo alcanzaría a la primera.

Y aparte de eso podía conseguir algún arma.

Buster repitió la maldición.

Pero no podía perder tiempo ahora.

Más le urgía acabar con Sloan y con Bussy. Al fin y al cabo, dominando él la comarca como la dominaba, Clive Moriarty tampoco podría escapar.

Buster salió.

Sus hombres ya galopaban tras los fugitivos.

En total los pistoleros de Buster eran todavía cinco, y los cinco de primera clase. Ni el alguacil ni el banquero podrían escapar.

Clive se acercó a la puerta.

Aún no podía creer que estuviera vivo.

Pero no lo estaría demasiado tiempo. Buster volvería y entonces se verían las caras otra vez, aunque con un revólver cada uno. Las cosas serían distintas. Y la piel que quedase entera sería la piel del más rápido.

Clive volvió la cabeza para dirigir una mirada hacia atrás.

Una nostálgica mirada a Yolanda, que había sido asesinada como lo fue su madre. Una muchacha que ya no volvería a tener necesidad de cambiar de acera en las peligrosas calles de la ciudad.

A lo lejos se veía una nube de polvo y se oían disparos.

La persecución de Bussy y de Sloan continuaba.

No tardarían en caer. Y cuando cayeran... Bueno, más valía no pensar en la venganza de Buster.

Durante años se hablaría de ella en Nuevo México. No sería la venganza de un hombre, sino la venganza de una fiera.

Clive anduvo por las calles de la ciudad silenciosa, una ciudad que de pronto aparecía muerta.

No sabía lo que le pasaba.

Pero los pensamientos le atormentaban, los pensamientos hervían en su cráneo que estaba alcanzando la temperatura de un volcán.

Hubiese querido no pensar aquello.

Pero no podía evitarlo. Los pensamientos le atormentaban. Eran como una obsesión, como una pesadilla.

No supo cómo, se encontró ante la funeraria de Adams.

¿O sí que lo supo? ¿Quizá se había dirigido expresamente hacia allí? ¿Quizá eran sus pensamientos los que le habían empujado?

Entró como un autómata.

Adams, a pesar de lo que en aquel momento debía sentir, estaba de nuevo ocupado en su trabajo. Su oficio era de los que no se pueden dejar nunca, porque la muerte no permite descansos ni hace vacaciones. En aquel momento, Adams atendía a una vieja cliente que por lo visto tenía el mayor empeño en ser atendida.

—...Sí, señora Foster —susurraba—, tendrá usted su ataúd de acero, uno de esos ataúdes que nadie puede abrir. Sí, desde luego... Con la cantidad que usted me entrega ahora está todo pagado. Pero no piense en ello. ¡Ojalá tarde mucho en necesitarlo!

La empujaba discretamente hacia la puerta, queriendo echarla de allí y quedarse tranquilo.

Pero la vieja era de las que no se van nunca. Estaba haciéndose pesada. Necesitaba estar absolutamente segura de que nadie iba a quitarle «su» ataúd.

Por fin, cuando consiguió sacarla de allí, Adams se volvió hacia Clive, que le miraba pensativamente desde un lado del despacho.

—Este es un oficio terrible —farfulló—. Tienes que tratar al cabo del año con docenas de maniáticos que quieren elegir su ataúd en vida. Esos son los más pesados. Especialmente las mujeres. ¿Pero

qué se le va a hacer? El tema de la muerte es tan sagrado que no puedes echar a uno con cajas destempladas, aunque por dentro estés deseando que se los trague la tierra.

Clive seguía mirándole en silencio.

Por sus ojos grises pasaba una expresión indescifrable.

Diríase que era una lejana expresión de pena.

Adams barbotó:

—¿Qué han sido esos disparos?

—Esos disparos significan que los que han matado a Yolanda, pronto caerán. Y entonces se verá en Rinconada algo que quizá no se ha visto nunca. Una auténtica venganza china.

Ladeó un poco la cabeza y añadió:

—Pero no había venido a hablarle de eso, Adams.

—¿Pues... de qué?

—Me ha pasado una cosa muy extraña.

—¿Qué cosa extraña?

—Me han empujado hasta aquí mis pensamientos —susurró Clive.

El otro entrecerró los ojos.

—¿Qué pensamientos —balbuceó.

—Me gustaría explicárselos, Adams. Me gustaría decirle lo que he visto.

—¿Qué ha visto...?

—Pues en primer lugar a un hombre que enviaba a un emisario a la ciudad. Ese hombre era el pistolero Buster. Su emisario tenía que encontrarse con alguien de Rinconada en uno de los almacenes menos frecuentados de la ciudad, un sitio al que raramente acudía nadie. Ese hombre fue asesinado poco antes de que lo fuera Yolanda, y usted, Adams, descubrió su cadáver. ¿Fue pura casualidad? ¿Pasaba usted realmente por allí, por un lugar tan apartado? ¿O pasó porque era el hombre con quien el emisario de Buster tenía que encontrarse?

Adams palideció.

Ya estaba pálido normalmente, pero ahora sus facciones se volvieron lívidas como las de uno de sus muertos.

—¿Qué quiere decir, Clive?

—Yo nada... Son mis pensamientos los que lo dicen. ¿Quiere que se lo siga explicando?

—Me parece que delira, Clive. No sabe lo que se dice.

—Tal vez no sepa lo que me digo, pero tengo la sensación de haber descubierto algo que explica muchas cosas. Algo que explica lo inexplicable.

—¿A qué se refiere, Clive?

—A la fortuna de Buster. La que ha ido reuniendo durante tantos años de crímenes y rapiñas.

Los dientes de Adams rechinaron un momento.

Pero su voz era tranquila cuando murmuró:

—Como si hablara de la luna, Moriarty. No sé qué tiene que ver eso conmigo.

—Tal vez nada. Pero la fortuna de Buster, esa fortuna que docenas de federales han buscado sin éxito, tiene que estar en algún sitio. Un sitio insospechado y absolutamente seguro.

—Bueno, ¿y qué?

Clive paseó un momento con las manos en los bolsillos y en actitud pensativa, sin mirar a ningún sitio.

Por descontado que no se sentía alegre de ninguna manera. El paso que iba a dar era penoso y corrosivo para él.

—Adams —musitó—, usted pudo haber sido un hombre honrado, y quizá en el fondo lo sea aún. Lo que ocurre es que se ha dejado llevar por las circunstancias. Se ha dejado llevar por el camino del dinero fácil, un camino que además le servían en bandeja. ¿Qué le había prometido Buster por la custodia? ¿El cinco por ciento? ¿Tal vez el diez?

Los dientes de Adams tabletearon bruscamente. Sus ojos estaban cada vez más desencajados. La palidez de su rostro se había hecho ya cerúlea.

Aquella palidez contrastaba con la tranquilidad de Clive.

Una tranquilidad casi siniestra, que de ningún modo delataba el conflicto que le recomía por dentro.

Sin mirar a Adams, musitó:

—Puede creer lo que quiera, pero no pienso acusarle. Cosas tan graves han sucedido que lo suyo ya casi carece de importancia. Pero quiero que ayude a la ley. El dinero que usted guarda es un dinero podrido y miserable, que está teñido de sangre.

—No sé... a qué... a qué dinero... se refiere...

—Vamos, Adams. ¿Por qué seguir fingiendo algo que ya no tiene

salida? Buster le hace llegar a usted el producto de sus robos, y usted lo guarda de un modo absolutamente seguro. Usted «lo entierra». Lo mete con cadáver y todo en el interior de esos ataúdes que dice que no pueden abrirse, pero que es seguro que se abren en algún sitio. Esos fabulosos ataúdes de acero, esas piezas únicas. Durante dos o tres años, nadie puede tocar aquello, pero, ¿qué importa? ¿Es que Buster o usted no pueden esperar dos o tres años? ¿Qué es eso comparado con lo que los dos esperan vivir todavía?

Ahora miraba fijamente a Adams.

Ahora sus ojos inquisitivos, terriblemente helados, terriblemente grises, se clavaban en el fondo del cerebro del hombre.

Desnudaban hasta sus más íntimos pensamientos.

Adams lo notó.

Adams se sintió derrotado y vencido.

Pero aún se negaba a hablar.

Clive le ayudó susurrando:

—¿Quién le presentó a Buster? ¿Fue María?

—Pues... pues...

—Diga... ¿fue María?

—Sí.

La voz fue débil, pero profunda. Se extendió por la habitación como se extienden las ondas al caer una piedra al centro de un estanque.

Clive tuvo una triste sonrisa.

—Quizá, al fin y al cabo, a María no la ultrajaron —susurró—. Quizá fue otra cosa.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Sólo que, ella no le dio demasiadas explicaciones. Y pienso ahora que debió seguir viendo en secreto a Buster, pero nunca le dijo que tenían una hija.

Estaba pasmado.

Balbució:

—¿Una qué... qué...?

—No piense en eso, Adams. Quizá sea una historia tan espantosamente sencilla que no valga la pena hablar de ella. Y más habiendo cesado hace quince años. De modo que fue María quien le presentó a Buster, ¿eh?

—Pues... sí.

—Cuando María fue asesinada, ¿Buster no trató de vengarla?

—Cuando María fue asesinada, Buster ya estaba muy lejos de aquí. Me... me enviaba el dinero por medio de un emisario. No volvió hasta al cabo de cuatro o tal vez cinco años. No creo que en ese tiempo se hubiese preocupado demasiado por María ni... ni por ninguna otra mujer.

—Al volver, ¿le preguntó por ella?

—Creo que sí. Pero yo le respondí con evasivas. Para mí, lo de María había sido un golpe espantoso. No quería hablar de ello... nunca más.

—Y el dinero, ¿lo iba almacenando en los ataúdes de acero, Adams?

Los labios del interpelado temblaban espasmódicamente.

—Prométame que no hablará con nadie de esto, Clive Moriarty. Júremelo.

—De esto hablaré con el *sheriff* del condado para que el dinero se recupere, pero lo haré de forma que no se le complique a usted. Bastante ha sufrido ya, Adams. Ahora dígame solamente cómo se abren esos ataúdes.

—Hay... una llave. Tienen una cerradura invisible en la parte inferior. Por medio de esa cerradura se puede alzar la tapa.

—¿Dónde está la llave?

Adams se llevó las manos a los ojos, tapándoselos con un movimiento espasmódico.

—¡Por Dios, Moriarty, no me obligue a hablar de eso!

—Supongo que debe ser una llave para todos igual, ¿no? Una para cada ataúd sería muy complicado y se prestaría a líos indescriptibles.

—Sí, en efecto. Es... es una sola llave para todos igual.

—¿Dónde está?

—No puedo decirlo mientras Buster viva. Buster me arrancará la piel a tiras si sabe que le he traicionado.

Clive se acercó a la mesa del despacho y abrió el cajón central.

Allí había un revólver.

Era lógico que lo hubiera. Comprobó su carga y lo introdujo en la funda.

Su cara no se había alterado en lo más mínimo.

—No piense en Buster, Adams. Quizá no vuelva más. Quizá Sloan

o Bussy lo maten a él.

Pero Clive sabía que eso no iba a suceder.

Sabía que Buster volvería.

Dispuesto a sembrar la muerte.

CAPITULO XVIII

—Buster vuelve.

La voz había sonado en la puerta, justo cuando los dos hombres sentían más dentro de sí mismos aquella tensión dramática.

Era una voz suave, lenta, cargada de inflexiones. Clive miró hacia allí, negándose a dar crédito a sus oídos.

Pero sí, la que estaba en el umbral, contemplándolos a los dos, era la muchacha.

—Susan... —balbució.

—Buster vuelve —fue todo lo que musitó ella.

—¿Por qué me avisas?

—No quiero que te mate como a un perro, eso es todo.

—Tal vez le mataría yo a él.

—¿Eso crees? ¿Y no se te ha ocurrido pensar que aún le quedan cinco hombres?

Clive se mordió el labio inferior.

Era cierto. Si quería morir, no tenía más que salir a la calle y enfrentarse a toda aquella cuadrilla.

Susan murmuró:

—Puesto que lo que quiero es tu cabeza, no pienso dejar que te la arranque nadie más. Ya ves que soy sincera.

—A veces demasiado. Pero me gusta la sinceridad.

—Sólo tienes una posibilidad de seguir vivo: no dejes que Buster te encuentre ahora. Atácale tu en el momento más propicio.

Clive comprendió que Susan tenía razón.

Plantear ahora una pelea, cuando Buster había reunido a toda su gente, era una locura. Lo único que podía hacer era atacarle cuando tuviera sus fuerzas divididas, y entonces llegaría el momento de seguir aquella conversación con Adams.

Entonces habría llegado el momento de averiguar dónde guardaba aquella maldita llave.

Susan murmuró:

—Sígueme. Aún estás a tiempo de salvar al piel... por el momento. Buster ya está llegando.

En efecto, se oía el trotar de varios caballos al fondo de la calle.

Y si Buster volvía tan pronto, era porque tenía... porque tenía a sus dos prisioneros.

Porque pensaba vengarse en la misma ciudad de su crimen.

Porque quería ahogarlos a los dos en su propia sangre.

* * *

En efecto, le bastó a Clive mirar por un lado de la puerta para distinguir lo que parecía un lúgubre cortejo.

Buster iba en cabeza de sus cinco hombres, abiertos en abanico.

En el centro, atados sólidamente, iban Sloan y Bussy.

¡Y todos se dirigían hacia allí!

¡Hacia la funeraria de Adams!

¡Buster llevaba a aquellos dos hombres al sitio ideal para convertirlos en dos muertos!

Susan tiró suavemente del brazo de Clive.

—No tendrás ninguna posibilidad de vida si continúas un minuto más aquí. Vamos...

El salió maquinalmente por una puerta posterior.

Pero no pensaba alejarse demasiado.

Tenía que enfrentarse con Buster y además tenía que evitar que Adams huyese.

En aquel momento los caballos estaban deteniéndose ya ante el edificio de la funeraria.

Sloan y Bussy fueron salvajemente arrojados de los caballos.

Con las mismas cuerdas con que iban atados los arrastraron hacia la puerta.

Chillaban aterrorizados.

Chillaban corno verdaderos cerdos, y eso no hacía más que aumentar el odio de Buster.

Los castigó brutalmente con sus espuelas mientras sus hombres los acababan de arrastrar hasta el despacho de Adams.

Buster los señaló con el mentón.

—Quiero algo especial para ellos, Adams.

—¿Qué... qué quiere decir «algo especial»?

Buster rió quedamente, con odio reconcentrado.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, Adams.

—Mucho.

—Pero ya conoces mis costumbres. Yo no perdono.

—Lo sé...

—Por eso quiero algo especial para estos dos buitres. Algo lento, muy lento. Por ejemplo, ¿tienes dos cadáveres?

—Los... los hay en el almacén. Son Yolanda y el... el otro

Un pensamiento macabro pasó por el tortuoso cerebro de Buster.

Sus dientes rechinaron. Sus ojos eran auténticamente los de un loco cuando barbotó:

—Muy bien. Quiero que cada uno de estos dos tipos sea atado a un cadáver. Que sea atado tan sólidamente que forme una sola masa con él, ¿entiendes? Y los dejarás en el patio de tu casa. ¡Los dejarás al sol! ¡Los dejarás para que yo los vea!

La voz de Buster había sido lenta, solemne, diabólica. Una voz que no tenía ya ninguna inflexión humana.

Señalando hacia la puerta, aulló:

—¡Traed los dos cadáveres! ¡Quiero verlos ahora mismo! ¡Corred, malditos! ¡Traedlooooos...!

CAPITULO XIX

Los cinco forajidos se dispusieron a cumplir la salvaje orden. Los cinco salieron en bloque para dirigirse al almacén donde yacían los cadáveres de Yolanda y del emisario de Buster.

Pero al salir a la calle, vieron dos siluetas en la inmediata esquina.

Dos siluetas que trataban de ocultarse y que, por lo visto, no buscaban pelea de momento.

Eran un hombre y una mujer, y al hombre lo reconocieron inmediatamente los pistoleros de Buster.

—¡Es Clive Moriarty!

—¡Allí está!

Una nube de disparos fue en busca de las dos siluetas.

Clive y Susan se pegaron inmediatamente a la fachada, mientras las balas comían materialmente la esquina de la casa.

El joven susurró:

—No quería buscar pelea de momento, pero voy a tenerla. Lo que siento es que te veas envuelta en ella.

—¿Crees que me importa? Manejo el revólver desde que tenía catorce años.

—De todos modos quédate al margen. Yo me entenderé con ellos.

—Son cinco hombres...

Clive apretó los labios.

—Yo empiezo a divertirme a partir del sexto...

Extrajo el «Colt» y disparó desde la esquina, casi a ras de tierra.

Los pistoleros de Buster se habían confiado al avanzar. Creían que su enemigo huiría, y tratarían de cortarle el camino. Lo que no podían esperar era que atacase.

Uno de ellos cayó alcanzado en el vientre.

Dio una extraña voltereta y soltó el «Colt» mientras los otros cuatro intentaban protegerse.

Sólo uno de ellos lo consiguió.

Clive había disparado de nuevo.

Cuando estaba a punto de llegar al porche, otro de los forajidos

dio una voltereta como si se lanzara de cabeza al agua. Quedó espantosamente quieto sobre los peldaños, con las facciones contraídas.

Los otros tres barrieron con plomo la esquina. Sus «Colt» parecían lanzar verdaderas andanadas de artillería. Los troncos que formaban aquella parte de la casa parecían convertirse en pulpa bajo el choque de las balas.

Clive estaba pegado a la pared.

Sentía un sudor helado en las comisuras de los labios.

Y en las sienes.

Era una oscura sensación de muerte que ya otras veces había tenido. La sensación de que aquel combate iba a ser el último.

Su oído bien entrenado le convenció de que ahora sólo disparaban dos de los pistoleros, aunque lo hacían repetidamente. Mientras tanto el tercero intentaría acorralarle

Un hombre menos entrenado que Clive no se hubiera dado cuenta, pero él lo supo como si lo estuviese viendo. El tercer granuja aparecería a su espalda; lo malo era que no sabía cuándo.

Miró a Susan.

—Lárgate.

—Nunca he rehuido una pelea. Sé luchar igual que un hombre.

—Más vale que no lo demuestres ahora. Métete en ese portal. Pégate al suelo si puedes, maldita sea…

Ella no estaba dispuesta a obedecer, y por eso Clive hubo de empujarla. La muchacha cayó junto a una de las puertas, con sus hermosas piernas al aire. Y con eso salvó su vida, aunque en aquel momento ni Clive ni ella llegaran a saberlo.

El tercer pistolero acababa de aparecer en la esquina del lado opuesto. Su revólver escupió plomo rabiosamente.

Si en aquel instante Clive y la muchacha llegan a estar juntos, las balas les atraviesan a los dos. Por suerte para ambos, a Clive sólo le rozaron, y a Susan se le llevaron uno de los tacones de sus botas. Y es que Susan, por la sugestiva postura en que estaba, tenía los pies donde normalmente una chica suele tener la cabeza.

Clive había caído de rodillas al suelo.

Disparó con el revólver apoyado en la cadera, mientras se doblaba sobre sí mismo.

Unas décimas de segundo después, el que se dobló fue el

pistolero. Haciendo una extraña pirueta, disparó de nuevo, pero la bala quedó corta y se empotró en el suelo ante las rodillas de Clive Moriarty. Este apretó el gatillo otra vez, aunque sólo para asegurarse. Su enemigo pareció quedar materialmente clavado en una de las paredes.

Los otros dos seguían disparando. Mientras uno recargaba el revólver, el otro escupía plomo sin darle descanso al dedo.

Lo malo para ellos era que no sabían que Clive seguía vivo. Al contrario, los disparos del otro lado de la esquina los habían interpretado en el sentido de que Clive estaba muerto.

Fueron avanzando poco a poco.

No sabían la sorpresa que les aguardaba.

Pero Clive tampoco sabía lo que le aguardaba a él; no sospechaba lo que estaba ocurriendo en la funeraria de Adams.

* * *

Buster miraba con impaciencia la puerta. Aquella zarabanda de disparos no le gustaba, pero no sabía que eran sus hombres los que estaban metidos en la refriega. Lo que le sacaba de quicio era que tardasen tanto en cumplir sus órdenes.

Barbotó:

—¿Pero qué diablos hacen esos muertos?

A Sloan le castañetearon los dientes. Tumbado en el suelo como un fardo, se daba cuenta de cuál iba a ser su horrible fin. Una muerte tan espantosa como aquélla no la había imaginado jamás. Su máximo deseo en este momento, un deseo que le volvía loco, era que Buster le clavara una bala entre las cejas.

Gritó:

—¡Mátame de una vez, cobarde! ¡Dispara si sabes hacerlo! ¡Tira, cerdo, tira...!

Buster rió siniestramente.

—Eso quisieras tú, ¿verdad?

—¡Nosotros hemos matado a Yolanda a tiros! ¡No la hemos atado a ningún cadáver! ¡Tienes que matarnos del mismo modo! ¡Tienes que matarnos, maldito hijo de hiena!

La risa de Buster se hizo más siniestra, más seca.

—¿No deseabas tanto a Yolanda? ¿Pues de qué te quejas, amigo? ¡Yo te la doy!

—¡Te lo suplico, Buster! ¡Mátame de una vez, maldito hijo de perra!

Buster movió la pierna derecha.

El puntapié que clavó en la cara a Sloan dejó a éste sin boca.

Sloan babeaba. Mientras escupía sangre, barbotó:

—¡Todo esto lo haces porque no tienes valor para empuñar el revólver! ¡Todo esto lo haces porque eres un maldito cobarde!

Gritó esto para ofender a Buster, porque no sabía cómo herirle. Pero no esperaba que aquellas palabras causaran la menor impresión en el endurecido pistolero. ¡Tantas cosas había llegado a oír éste en el curso de su sucia vida!

Por eso se sorprendió tanto cuando vio demudarse las facciones de Buster.

Y cuando éste barbotó:

—A mi manera soy un hombre de honor, Sloan. No soy como tú, sucia hiena. Me han llamado asesino, ladrón, buitre e hijo de perra, pero nunca he consentido que me llamaran cobarde.

Sloan rechinó los dientes.

—¿Y qué eres? ¿Qué eres sino una rastrera gallina?

—¿Crees que tengo miedo a un hombre con un revólver?

—¡Tu tienes miedo a un hombre aunque sea con un cortaplumas!

Buster hizo crujir sus nudillos.

Parecía fuera de sí.

El hecho de que uno de sus prisioneros le llamara cobarde le sacaba de quicio tanto como la muerte de Yolanda.

Miró a Adams.

—Tú, sepulturero, ¿tienes un revólver?

—Tenía uno, pero se lo ha llevado el pistolero Moriarty. Claro que... Sí, ahora recuerdo que tengo otro.

Abrió una pequeña estantería donde descansaban varios libros de contabilidad. Sobre ellos descansaba un revólver de modelo ya algo anticuado, pero terriblemente eficaz, porque su calibre era superior al de los modernos. Revisó la carga.

—¿Qué quieres que haga con esto, Buster?

—Arrójalo al suelo. Y desata el pico a ese buitre.

—¿Quieres que deje libre... a Sloan?

—Sí. Déjalo libre.

—¿Vas a enfrentarte a él?

—No te preocupes; no voy a matarlo, sino a dejarlo sin brazo derecho. Le ataré al cadáver igualmente, pero quiero que muera tranquilo. Quiero demostrarle que un hombre con un revólver me da menos miedo que una mujer con un cesto de paja.

Adams desató al alguacil.

Mientras tanto Bussy lo miraba todo con ojos desencajados.

Buster ordenó:

—Deja ese revólver a sus pies.

El «Colt» cayó a los pies de Sloan, que se frotaba los nudillos frenéticamente, así como las muñecas, para restablecer la circulación.

Buster masculló:

—Y ahora recógelo, Sloan. Justo cuando lo tengas en las manos, yo sacaré el mío. Será un duelo de igual a igual, ¡Hala, aprovecha tu oportunidad, sucia rata!

Sloan se dio cuenta de que de todos modos estaba perdido. Tan perdido como antes.

Jamás sería lo bastante rápido para vencer a Buster. De todos modos era su carta y tenía que jugarla.

Buster, con una helada sonrisa de desafío en sus labios, le vio moverse.

Y en aquel momento, Bussy, que seguía atado, aulló:

—¡Por favor! ¡Me ahogooo…! ¡Me ahogooo…! ¡Auxilioooo…!

La reacción maquinal de Buster fue mirar hacia allí. Fue una reacción que duró apenas un par de segundos, pero, ya hubo bastante.

—¿Qué le pasa a ese imbécil? —barbotó.

En aquel momento Sloan disparó desde el suelo.

Sus ojos brillaban de odio.

No alcanzó a Buster como él quería, es decir, en la cabeza

o en el corazón, pero de todos modos tuvo la suerte de alcanzarlo en el brazo derecho y obligarle a soltar el revólver.

Buster barbotó:

—¡Maldito…!

Sloan corrió hacia él, con la boca entreabierta y el «Colt» amartillado.

—¡Te he dado una oportunidad! —aulló Buster—. ¡Tú tienes que dármela a mí! ¡Deja que empuñe el revólver otra vez, canalla…!

Sloan barbotó:

—¡Tu oportunidad es sólo una! ¡La tumba!

Y disparó dos veces.

La cabeza de Buster pareció estallar.

Se abrió en dos mitades mientras Sloan lanzaba un salvaje, un frenético grito de triunfo.

Un auténtico rugido de fiera.

Adams hubiera preferido ser neutral, pero fue incapaz de soportar con los labios sellados aquel sucio crimen. Sus ojos brillaban de desprecio mientras gritaba:

—¡Eres una hiena, Sloan! ¡Una cochina hiena!

Pero entonces se dio cuenta de que Sloan no tenía los ojos de hiena, sino de serpiente. Unos ojos que le miraban con diabólica fijeza.

—Sí, muchacho —dijo Sloan lentamente—. Claro…

Y disparó otra vez.

Adams recibió la bala en la garganta.

Se contorsionó, mientras la sangre saltaba hacia Bussy, quien lanzó un chillido de horror, un chillido casi femenino:

—¡Desátame, Sloan! ¡Desátame, maldita sea!

—Claro, muchacho. Lo has hecho muy bien. Has gritado en el momento oportuno. Si no llega a ser por ti, me mata.

—¡Entonces desátame pronto! ¡Hemos de escapar de aquí!

—No te preocupes. Ahora ya no nos quedan enemigos.

Y empezó a cortar las ligaduras que aún sujetaban a su compinche.

Este barbotó:

—¿Dices que no quedan enemigos? ¿Y Clive Moriarty?

Sloan bizqueó:

—¿Clive…?

—Mira hacia la calle.

Sloan miró y sintió que se le secaba la boca. Clive estaba en mitad de la calle amontonando muertos. Ya debía haber acabado con todos los hombres de Buster, uno tras otro. Y adornaba la ciudad con sus cadáveres, que formaban una especie de pira funeraria.

—¡Fíjate! ¡Y tan tranquilo! ¡Liquida a cinco hombres y ni siquiera pestañea! ¡Maldita sea su estampa!

—Hay que acabar con él.

—Pues... ¡pues empieza a pensar cómo! Porque ese buitre... ¡porque ese buitre viene hacia aquí!

* * *

En efecto, Clive Moriarty iba hacia el establecimiento de Adams.

Liquidar a los dos últimos pistoleros de Buster no había representado ningún problema para él. Los había pillado confiados, no sabiendo que el pistolero vendría.

Cuando de pronto se encontraron cara a cara los tres, sólo uno de los «Colt» ladró: el «Colt» de Clive Moriarty.

Ahora, después de amontonar en la calle los cuerpos sin vida, avanzaba hacia el establecimiento de Adams por dos razones: porque quería encargar unos entierros dignos y porque prefería liquidar de una vez su vieja cuenta con Buster.

Pero no imaginaba que Buster estaba muerto.

Y que también lo estaba Adams.

Y que dos rufianes le aguardaban con las armas a punto para liquidarle igualmente a él.

* * *

Para Sloan y para Bussy hubiera sido relativamente fácil matarle en ese momento. Efectivamente, el joven avanzaba a través de la calle con cierta confianza. Estaba muy visible, y podían disparar contra él a través de la puerta. Sí. Matarle hubiera sido para los dos asesinos una tarea sencilla.

Pero les dio horror pensar lo que sucedería si no llegaban a alcanzarle bien. Ellos sabían que Clive Moriarty era implacable. Sólo con que le quedara un hálito de vida y pudiera mover el «Colt» les freiría a balazos.

Prefirieron asegurarse.

No les iban a faltar oportunidades para eso, qué diablos.

Sloan miró febrilmente en torno suyo.

Bussy barbotó:

—¿Qué hacemos?

—¡Los ataúdes!

—¿Qué ataúdes?

—¿No los ves? ¡Esos de acero que hay en la otra habitación! No

hace falta cerrarlos. ¡Desde aquí no se distingue si hay alguien en ellos o no!

—¿Y qué piensas?

—Está muy claro. Meternos uno en cada uno. ¡Así le cazaremos entre dos fuegos! ¿Qué crees que hará al entrar?

—Pues... muy sencillo: mirar los cadáveres. Encontrar aquí tiesos a Buster y a Adams le sorprenderá. Seguro que eso le distrae al menos un par de minutos.

—Claro, muchacho... ¡Un par de minutos! ¿Y cuántas balas por la espalda calculas que pueden dispararse en ese tiempo?

Los dos rieron silenciosamente.

Y se introdujeron en los dos ataúdes de acero, desde los cuales, con sólo levantar un poco la cabeza, podían ver perfectamente la sala. En cambio, a ellos resultaba muy difícil verlos. Además, por la posición en que se encontraban los cadáveres de Adams y de Buster, Clive se fijaría sólo en ellos al entrar. ¡Y entonces estaría listo...!

Clive Moriarty entró.

Sus ojos pestañearon al contemplar la increíble escena.

En el primer momento le pareció algo tan inimaginable que necesitó mirarlo dos veces.

¿Pero qué era aquello? ¿Cómo habían podido morir Adams y Buster de aquella manera? Y sobre todo, ¿quién lo habría hecho?

No se dio cuenta del levísimo movimiento que se producía a su espalda.

No se dio cuenta de que dos ataúdes en la habitación contigua... ¡estaban ocupados!

Se inclinó para mirar los dos cuerpos.

Y, al hacerlo, vio cómo el rayo de luz resbalaba por los cristales de la puerta de entrada. Fue como una leve caricia del sol. Igual que un dedo luminoso que hiciera más claro el día.

En realidad, el paso al galope de tres jinetes había hecho temblar las puertas, produciendo aquella oscilación.

Pero el reflejo le bastó para ver que algo se movía en la habitación que tenía detrás.

Algo como si dos sombras se hincharan levemente.

Las cabezas de los dos miserables emergían de los ataúdes.

Clive Moriarty disparó rabiosamente por debajo del codo.

¡Una vez! ¡Dos veces! ¡Tres veces! ¡Cuatro veces!

¡Pero ninguna vez a matar!

¡No! ¡No tiró a darles!

¡Clive Moriarty disparó sólo contra los soportes que mantenían levantadas las tapas!

Estas cayeron brusca y pesadamente,

Ninguno de los dos miserables tuvo tiempo de salir.

No se oyeron ni siquiera gritos ahogados.

Los ataúdes encajaron y quedaron cerrados herméticamente.

Claro que podían abrirse, y Clive sabía cómo.

Pero en sus ojos muertos, en sus labios impasibles, parecía no haber ningún recuerdo.

En aquel momento alguien más entró agitadamente.

Susan casi se ahogaba.

Miró atónita en torno suyo, como si no pudiera creer aún que Clive estuviera vivo.

—¡Dios santo! ¿No te ocurre nada? He oído una serie de disparos...

En los labios de Clive Moriarty se dibujó una leve sonrisa cuadrada.

—No pienses en ello, muchacha. Ahora tengo que ocuparme de enterrar dignamente a los muertos. En aquellos dos ataúdes de acero irán a la fosa también.

—Pero, Clive... Parece que alguien grita en su interior...

—¿Estás segura, Susan? En fin, yo no oigo nada. Pero, para evitar suspicacias, me encargaré de ellos personalmente, ¿sabes? —pasó a Susan la mano por los hombros—. Y algún día los abriré, ¿sabes? Abriré otros ataúdes como ésos donde está toda la fortuna de Buster. Y los dos que ahora sepultaremos los abriré también, pero no antes de dos o tres meses. Es el tiempo que necesito para hacer la denuncia en regla y preparar los papeles en Washington.

—¿Dices que los abrirás dentro de tres meses, Clive? Pero necesitarás una llave, ¿dónde está?

Clive la empujó poco a poco hacia la puerta, mientras apretaba con suavidad su cuerpo túrgido, joven, caliente, lleno de vida.

Un cuerpo que nada tenía que ver con aquel clima de pesadilla que iban dejando atrás.

El sol daba de lleno sobre uno de los carteles donde estaba el nombre de aquella población que antes Clive ni siquiera conocía:

—¿La llave? —musitó con voz pensativa—. Ya lo recordaré, muchacha…

¡Claro que lo recordaría!

Le parecía verla otra vez. La llave-modelo que abría todos aquellos ataúdes llevaba quince años en el mismo sitio.

Quince años entre los dedos de María, la novia eternamente muerta…

Ya la sacaría de allí cuando volviera de Washington, cuando abriera de nuevo el establecimiento de Adams, que iba a cerrar tras efectuar los entierros.

Pero ahora… ¿qué diablos de prisa tenía…?

F I N